

ABONAOS TODOS

A LAS

L
E
C
T
U
R
A
S

C
A
T
O
L
I
C
A
S

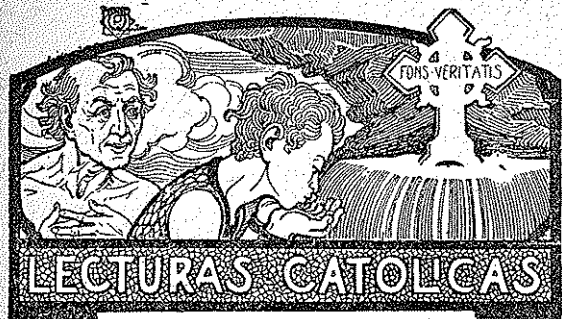
Con el fin de contrarrestar los perniciosos efectos de la mala prensa, fundó el Vble. Don Bosco en Turín el año 1853 las Lecturas Católicas.

Desde entonces se ha ido imprimiendo un tomito cada mes, que ya en forma de instrucción, de biografía, de relato ameno, etc., difunde buenas máximas entre el pueblo.

Precio de suscripción \$ 2,50 al año

Al terminar el año se obsequia a los suscriptores con el "El Hombre de Bien" Almanaque ameno.

Los pedidos dirigírtos al Prefecto del Colegio Pío IX



LECTURAS CATOLICAS

Octubre 1924 - AÑO XXXIX - Entrega 486

Sac. LUIS TERRONE

UN APOSTOL

DE LAS VOCACIONES
= ECLESIASTICAS Y =
= RELIGIOSAS =

(Don Bosco)

TIP. Y LIB.

DEL COLEGIO PÍO IX 'SAN CARLOS 4050
BUENOS AIRES

Sac. LUIS TERRONE

UN APOSTOL

de las Vocaciones Eclesiásticas
y Religiosas. ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

(DON BOSCO)

HECHOS E IDEAS



Tipografía y Librería del Colegio Pío IX
San Carlos 4050 - - - - - Buenos Aires

Unión Central de Escuelas Salesianas

BIBLIOTECA

N. 1476

Clasif. S. 34 (82) C. P. 11

Posiz. Sc. --- P. ---

GRATORIO SALFERRINO - S. 1910

1011.1

P R E F A C I O N

Hay en los buenos sacerdotes una forma de fecundidad ; ellos se reproducen a sí mismos en las vocaciones que han descubierto o que han suscitado ; esto dice el Cardenal Villecourt. Si de la bondad y de la abundancia de frutos se deduce la bondad de la planta, ¿de cuánta bondad debió estar adornada el alma escogida del Vble. Don Bosco que supo dar a la Iglesia tantos sacerdotes, entre los cuales, como se espera, algunos serán honrados un día y venerados sobre los altares !

Para los buenos sacerdotes el amor a la Iglesia lo es todo ; y como en el concepto de Dupanloup, el Sacerdocio es el centro de la vida de la Iglesia y el órgano permanente, mediante el cual Jesucristo cumple la obra de la Redención acá en la tierra, así es que ellos consideran como la cuestión más importante el reclutamiento de sacerdotes, porque de él

depende todo el porvenir del Clero y de la Iglesia. El amor de Don Bosco a la Iglesia era ardentísimo, y grande era también, proporcionalmente, el que sentía por las vocaciones eclesiásticas y religiosas. Por esto es que se despertó en mí un vivo deseo de considerar a Don Bosco como un incomparable cultivador de vocaciones. Los personajes ilustres, los héroes que llenaron el mundo con su fama (y tales son precisamente los Santos), se pueden estudiar bajo múltiples aspectos.

Para mí que desde muchos años me ocupo casi exclusivamente de acólitos y aspirantes a la vida religiosa, no hay cosa más querida y consoladora que el contemplar al Vble. Maestro y Padre, que se consagra por entero a la dilatación del Reino de Dios y al amor de la Iglesia, especialmente mediante el sabio cultivo de las vocaciones. Bien sé que presentar a Don Bosco como apóstol de las vocaciones podrá parecer, y lo es quizás en efecto, cosa superflua para quien conoce, aunque no sea más que un tantico, la vida y las obras del Venerable. A pesar de esto tengo para mí que no sólo mis buenos hermanos, sino también todos los

que miran con interés el incremento de los Livros del Señor, no verán con desagrado, recogidos en un librito de pequeñas dimensiones, episodios, exhortaciones y consejos que hacen conocer y resaltar el purísimo celo y la inmensa actividad de Don Bosco en el cuidado de las almas.

Me permito dedicar estas páginas a vosotros, hermanos míos Directores, y particularmente a los de la Inspectoría Lígure, cual expresión de mi profunda admiración y viva gratitud por el fraternal y entusiástico interés de que disteis constantes pruebas en favor del Noviciado Inspectorial. A vosotros, pues, carísimos hermanos, ofrezco cual modesto obsequio, este humilde trabajito compilado expresamente para vosotros en mis ratos libres. Aunque no encontréis en él nada de especial, ni en la sustancia ni en la forma, me atrevo a esperar que no dejaréis, sin embargo, de agradecerme la sincera voluntad de solicitar en favor de la Inspectoría y de cada uno de vosotros, el valioso auxilio del que todos sentís la extrema y apremiantísima necesidad.

Siendo el argumento serio y religioso, podrá parecer que no sea el librito muy

adecuado para los alumnos ; yo creo, sin embargo, que ellos también lo leerán con gusto, porque en él, desde la primera hasta la última página, domina siempre la suavísima figura y el espíritu de nuestro Padre, Don Bosco.

Augurándoos un año feliz, con todas las bendiciones de María Auxiliadora sobre vosotros y sobre vuestros Hermanos y niños, me profeso
Vuestro affmo. Hno.

L. TERRONE

PARTE PRIMERA

HECHOS

Jesucristo empezó a hacer y luego a enseñar ; de la misma manera, nosotros...

(Don Bosco en las Reglas de los Salesianos).

El celo con que Don Bosco cultivaba las vocaciones al estado eclesiástico y religioso consumía casi todas sus fuerzas ; pensamientos, palabras, acciones, estaban en continuo movimiento para alcanzar este fin.

(P. LEMOYNE)

Ruego al lector que tome en un sentido muy lato la división en dos partes, *hechos* e *ideas*. No sería cosa razonable separar totalmente la teoría de la práctica. En la primera parte, pues, predomina el episodio, al paso que en la segunda (a pesar de que, a su vez, no carezca de numerosos ejemplos), se reconocen con preferencia las ideas y enseñanzas del Vble. relativas a la cultura de las vocaciones.



El Sacerdote Católico

Sin la religión, escribió Monseñor Pie, no puede haber sociedad, y sin el Sacerdote no puede haber Religión; luego, sin el Sacerdote la sociedad cristiana dejaría muy pronto de existir, y nosotros volveríamos a ser paganos. En las primeras páginas de este opúsculo no estaría fuera de lugar un breve y fácil tratado sobre la excelencia, divinidad y grandeza del Sacerdote, pero sería cosa superflua para los buenos lectores a quienes va dirigido. Los Padres de la Iglesia, los Doctores, los Santos, han dicho en forma elevada y brillantísima, cosas maravillosas para ponderar e ilustrar los divinos poderes concedidos por Jesucristo a sus ministros. Me limito a producir una paginita del santo Cura de Ars, quien, con su estilo sencillo e inimitable, compendia de una manera insuperable todo

lo que puede decirse del Sacerdote Católico.

« Si nosotros nouviésemos el Sacramento del Orden, no tendríamos a Nuestro Señor. ¿Quién es el que lo ha puesto en el Tabernáculo? Es el Sacerdote. ¿Quién ha recibido nuestra alma cuando vino a este mundo? El Sacerdote. ¿Quién la alimentó y le dió fuerza para efectuar su peregrinación sobre la tierra? El Sacerdote. ¿Quién la prepara para presentarse ante el trono de Dios lavándola por última vez en la Sangre de Jesucristo? El Sacerdote, siempre el Sacerdote. Y cuando esta alma muere, ¿quién la resucitará, quién le devolverá la calma y la paz? Una vez más: el Sacerdote. No es posible recordar un solo beneficio de Dios sin hallar asociada a su lado la imagen del Sacerdote. ¡Qué gran cosa es, pues, el Sacerdote! Su grandeza no se conocerá completamente sino en el Cielo. Si se le comprendiese acá en la tierra, el hombre se moriría de amor. De nada nos servirían todos los demás beneficios sin el Sacerdote. En efecto, ¿de qué te serviría una casa repleta de oro si no hubiera quien te abriese la puerta? El Sacerdote tiene la llave de los tesoros celestiales; es él quien abre la puerta; es él el economo de Dios, el administrador de sus bienes. El Sacerdote no es sacerdote para sí mismo; no se administra por sí

mismo los Sacramentos; él no es para sí, sino para ti. Después de Dios el Sacerdote lo es todo. Dejad durante veinte años, una parroquia sin cura; el pueblo adorará las bestias. Cuando se quiere destruir la Religión se empieza por abatir siempre a los Sacerdotes, porque donde ya no hay Sacerdote ya no hay Sacrificio, y donde ya no hay Sacrificio, ya no hay Religión».

Son cosas que los cristianos saben muy bien, aun los que no conocen sino medianamente la Religión; sin embargo, la verdad es que el amor al Sacerdocio nunca fué tan poco ardiente como en nuestros días, y la aspiración a esta noble y divina carrera nunca fué tan lánguida... Pero yo hago mal calumniando nuestros tiempos...

También en otras épocas

Es la verdad; el lamento es general. Obispos y Superiores de Ordenes y Congregaciones, no acaban nunca de deplorar la falta de vocaciones eclesiásticas y religiosas. Si hemos de juzgar por las expresiones de angustia que salen de su corazón conmovido, parece que en ningún otro tiempo la escasez de vocaciones haya sido tan impresionante como en nuestros días. Pero no es así. Las condiciones actuales son real-

mente difíciles y deplorables para el cultivo de las vocaciones, y todos conocemos las causas que han preparado este ambiente tan estéril de Apóstoles y de Ministros de Dios, pero el mundo ha tenido períodos aun más dolorosos que el nuestro. Es la historia que se repite; son las guerras, las luchas del brazo y del pensamiento que dejan tras sí consecuencias desastrosas y esterilizan, aunque no sea más que temporáneamente, el campo de la Iglesia.

El biógrafo de Don Bosco, hablando de su celo en el cultivo de las vocaciones, se permite esta melancólica observación: «El 1855 dejaba tras sí una serie de males que parecían irremediables. Desgraciadas eran las condiciones del clero en el Piamonte. Centenares de clérigos habían colgado su hábito. Las Diócesis, o carecían de Seminarios o éstos estaban casi desiertos. La irreligión, la corrupción de costumbres, la falseada educación, el odio excitado y fomentado por la prensa contra las autoridades eclesiásticas; los sacerdotes públicamente vilipendiados; algunos de ellos encarcelados, otros desterrados; el abatimiento general de ánimo de los buenos; cierto recelo y desconfianza esparcida en el seno de las familias que dificultaban el permiso de los padres a los hijos inclinados al camino del santuario; todo esto había disminuido de tal suerte

las vocaciones entre los jóvenes, que ninguno o muy pocos de ellos aspiraban ya a la carrera eclesiástica».

«Y no sólo el Piemonte, sino también otras regiones de Italia se hallaban en las mismas condiciones». Don Bosco empero, en su admirable prudencia, había previsto ya desde el principio de la revolución, el vacío que infaliblemente se habría producido en el clero secular, tanto más que la ley de supresión de los conventos daba también un golpe terrible a los Sacerdotes regulares.

Proveer, pues, a la penuria de vocaciones parecía, humanamente, una empresa poco menos que imposible. Pero él sentía en sí que Dios le había confiado la misión de proveer a las apremiantísimas necesidades de su Iglesia y no vaciló».

No hay, pues, que desanimarse, pero tampoco hay que limitarse a señalar continuamente, aunque sea para deplorarla, esta falta de vocaciones.

Es preciso que cada uno ponga animosamente manos a la obra y con todos los medios que tiene en su poder, procure favorecer y aumentar el providencial movimiento que se ha despertado de un tiempo acá en todas partes en provecho de la Iglesia y de la sociedad civil. Deseando yo por mi parte, contribuir con mis débiles fuer-

zas, he pensado recoger en este opusculito, algunas ideas del gran Padre de la juventud acerca de las vocaciones, después de haber hablado brevemente de la inmensa actividad desplegada por Él en la más divina de todas las obras, según la expresión de San Vicente de Paul.

Casi superfluo me parece advertir a los lectores que en la compilación de este trabajito, he tenido siempre entre manos los incomparables volúmenes de la vida de Don Bosco, escrita por el P. Lemoyne. Valga esto para justificar la falta de citas y notas de las que he creído conveniente prescindir para mayor brevedad del opúsculo.

Cifras y cotejos

En 1847-48 el Seminario de Turín rebosaba todavía de seminaristas, y todas las Diócesis estaban bien provistas de clero; pero la tormenta revolucionaria produjo en poco tiempo una desolación desconsoladora: un diluvio de opúsculos, impresos en Francia, logró penetrar libremente en Italia: romances, comedias, palabras saturadas de odio contra la Iglesia, se introdujeron clandestinamente en las casas, en los conventos y en los seminarios.

La lectura de tales libros, el ruido de las

fiestas, los consejos de los agitadores, exaltaron muy pronto también la mente de los clérigo:.

La tarde del 4 de Diciembre, a pesar de las prohibiciones del Arzobispo, ellos salieron del Seminario para juntarse con la multitud que aclamaba a Carlos Alberto que regresaba de Génova.

En la solemnidad de Navidad el Arzobispo Franzoni, grande amigo de Don Bosco, que pontificaba, tuvo la desagradable sorpresa de ver a sus seminaristas en el presbiterio, ostentando sobre el pecho escarapelas tricolores.

Como se ve, los tiempos eran extremadamente borrascosos y nada favorables para la cultura de las vocaciones. Algunos años después, en 1852, cuando el P. Rúa, primer sucesor de Don Bosco, vestía el hábito clerical, los clérigos en Turín no pasaban de 17. Durante su primer curso de filosofía, dos solos frecuentaban con él las escuelas del Seminario. En el segundo año no tenía más que un condiscípulo. ¿Y no es éste por ventura el estado presente de muchos seminarios de Italia? ¿No están acaso completamente desiertas varias casas de formación del clero regular?

Se dirá que es esto un triste consuelo, pero ya deja de ser triste, en parte por lo menos, cuando se piensa que en pocos años,

el celo de Don Bosco, ayudado por celosos y valientes cooperadores, hizo reflorar muchos seminarios y pobló de numerosos y excelentes sacerdotes pueblos y ciudades. Y esto no dejará de hacerlo el Señor de hoy en adelante si nosotros imitáremos los ejemplos y practicáremos los consejos de Don Bosco.

¿ De dónde proviene la crisis de las vocaciones?

Más de un lector deseará quizás conocer las causas de la presente escasez de vocaciones.

Voces autorizadas se han levantado y han llamado la atención sobre un problema de tanta importancia. Los Obispos de la Campaña han tratado, no hace mucho, la cuestión de las vocaciones con una carta colectiva, considerándola como asunto de suma actualidad y de importancia trascendental. Después de un rápido examen de las hodiernas condiciones de la sociedad y de una estadística desconsoladora, pasan a determinar las causas de la crisis, reduciéndolas a cinco principales.

- 1ª. — La escuela sin Dios:
- 2ª. — La des cristianización de la familia.
- 3ª. — El espíritu anticristiano que domina en la sociedad.

- 4ª. — El desprecio y el descrédito en que ha caído el sacerdocio, debido a una verdadera persecución, inspirada por el odio a Cristo.
- 5ª. — El temor exagerado y poco cristiano de la deficiencia de medios para vivir en el gremio eclesiástico; a saber, el temor de la pobreza, de la que es divino modelo Jesucristo.

El Abad de Letourneau, cura de San Sulpicio, que con reconocida competencia se ocupa en Francia, desde hace tiempo, de la cuestión, añade todavía: «La indolencia y la ilusión de muchos sacerdotes, y esa especie de fanatismo por el que tantos, deplorando el mal no hacen nada para remediarlo, diciendo: Dios pensará en ello, para nosotros no hay nada que hacer.»

Sí, Dios pensará en ello; lo dijo también recientemente el sapientísimo Pontífice Pío XI. «No hay duda, escribe Su Santidad, que en todo tiempo, un número suficiente de hombres está destinado por Dios al sacerdocio, si no Dios dejaría faltar a su Iglesia un auxilio necesario, lo cual no se puede lícitamente afirmar.» — Es preciso, pues, confiar en la Providencia, estar seguro de la divina asistencia, pero es preciso también merecer la abundancia de los

divinos favores, no sólo con la plegaria incensante, sino también con las buenas obras, y sobre todo trabajando con el mayor empeño para cultivar aquellos alumnos que parecen llamados por Dios al ministerio sacerdotal. Esperar que Dios lo haga todo es una indiferencia culpable, es falta de celo, es cobardía que provoca la indignación de Dios.»

Debería añadir una palabra para explicar la escasez de vocaciones en la clase señorial, pero me parece no tener la autoridad necesaria para pronunciar un juicio que por cierto se tacharía de demasiado severo. Oigámoslo, pues, de un famoso orador que con apostólica franqueza lo proclamaba desde los púlpitos de Francia.

Después de haber lamentado el abandono en que los grandes señores dejan a la Iglesia, exclama: «Hoy en día la Iglesia ya no es rica; ella se veía rodeada y apretada cuando repartía brillantes dignidades y rentas cuantiosas, pero desde que ella se ha vuelto pobre, fué abandonada. La nobleza, la belleza, y menos aún los males de esta hija del cielo, ya no logra reconquistar corazones seducidos por el resplandor del oro. ¿No es cosa indigna de almas grandes y generosa abandonar la más santa de las causas en el día de la desventura? No es ésta una especie de traición y de vergonzosa ingrati-

tud? — Oh matronas, exclama a este propósito Monseñor Mermillo, vosotras os inclináis bajo la mano de los hijos de vuestros inquilinos, que os bendicen y os perdonan vuestros pecados; y vuestros hijos no tienen manos sino para guiar caballos y para aplaudir los triunfos de las actrices. He aquí la humillación y el castigo que se atrae sobre sí despreciando el Sacerdocio. (Masillón)

**General, hombre de estado, profesor,
... pero no sacerdote**

Mi pensamiento vuela, casi a pesar mío, al terrible episodio que se lee en la Vida del Venerable Don Bosco.

Allá en el pequeño cuartito de Valdocco, la noble condesa D. L. ruega al Venerable que bendiga sus cuatro hijitos. Don Bosco, el humilde hijo de Margarita, la campesina de Becchi, levanta la mano y bendice.....

La dama se levanta del suelo contenta y satisfecha; está persuadida de que la bendición del Sacerdote que ella aprecia y considera como un santo, atraerá sobre su familia copiosas bendiciones de Dios, y recorriendo con su fantasía los caminos del porvenir, ya le parece ver a sus hijos ocupando los puestos más elevados, respetados y

amados por todos; luego se le ocurre preguntar:

— « Don Bosco, ¿ qué será de mis hijos en el porvenir? »

Y Don Bosco, chanceando, los pasa en reseña y dice: « Este llegará a ser un gran general; de éste haremos un hombre de estado; nuestro Enrique será un doctor de mucha nombradía » ... y la condesa, rebosante de júbilo al oír tan halagüeños pronósticos, volviéndose a los hijos exclama:

— *Oh hijos míos, no sois los únicos de nuestra familia que ocuparéis cargos elevadísimos en la sociedad.*

Entre tanto el cuarto hijo estaba delante de Don Bosco a la espera de su parte de profecía. La señora esperaba ansiosa, y Don Bosco, tendiendo su mano sobre la cabeza del niño, lo miraba fijamente y con grande afecto.

— « ¿ Y cuál será la suerte de este último? » — insistió la señora.

— « De la suerte de este último no sé si la Señora Condesa quedará contenta ».

— « Diga Vd. enhorabuena lo que le parezca; al fin y al cabo se hace para reír... »

— « Pues bien, de éste haremos un excelente sacerdote ».

A tales palabras la escena cambió de re-

peste. La noble dama palideció, apretó al niño contra su pecho como para salvarlo de una desgracia y como enajenada exclamó:

— « ¡ Mi hijo sacerdote ! más bien que verle en semejante estado, prefiero que Dios le quite la vida » .

Don Bosco, que tenía del Sacerdote la más alta estimación, quedó dolorosamente impresionado y herido al oír semejantes palabras, y se levantó para retirarse.

— « ¿ Pero por qué quiere Vd. retirarse ? » — continuó la Señora toda confusa.

— « Yo creo que nada tengo ya que hacer con una persona que tiene tan mala opinión del estado más hermoso y más noble que exista sobre la tierra, y estoy seguro que Dios escuchará su insolente plegaria » .

Don Bosco calificó de « insolente » aquella plegaria, no tanto porque podía interpretarse como un insulto para él, investido del carácter sacerdotal, sino de una manera particular por la grave irreverencia que la imprudente Señora cometía contra Dios, autor del Sacerdocio Católico.

La condesa intentó balbucear alguna excusa, pero Don Bosco que veía claramente el porvenir del pobre niño, ya no cambió tono en el coloquio, que fué cortado secamente. Al día siguiente, reflexionando sobre

el disparate cometido, la Señora volvió a Don Bosco para pedirle disculpa, diciendo que, en todo caso, se habría resignado a la voluntad de Dios, a pesar del grave menoscabo que se derivaría a la familia si el hijo se hiciera sacerdote.

— « Señora condesa, replicó Don Bosco con dignidad, Vd. desprecia el don más apreciable que Dios puede otorgar a su familia, cual es el de una vocación tan sublime. ¿ Es, por ventura, un deshonor el ser elegido por Dios ? »

— « Le pido nuevamente disculpa ; ruegue Vd. por mí . »

— « Yo rogaré, pero la palabra de Vd. fué tomada en cuenta e irremediablemente escuchada por Dios en el acto mismo en que Vd. la pronunció »

La pobre dama volvió a su casa más pesadosa que antes.

Habían pasado algunos meses después de esta visita, y he aquí que un pariente de aquella señora se presenta a Don Bosco, lo invita a ir al palacio para bendecir a aquel hijo que había caído gravemente enfermo. Don Bosco se rehusó.

Pero al día siguiente volvieron a rogarle encarecidamente otros parientes, amigos y la madre misma en persona diciéndole con los ojos llenos de lágrimas que el enfermito empeoraba a más andar. Los médicos,

reunidos en consulta, confesaron francamente que ignoraban la naturaleza del mal. Don Bosco, aunque de mala gana, acabó por condescender y los acompañó. Entró en el cuarto del pequeño muribundo. El pobre niño tomó lo mano de Don Bosco y la besó; luego con ojos lánguidos y melancólicos, miraba ya a Don Bosco ya a la madre y callaba.

Era realmente una escena que desgarraba el corazón. Después de un largo silencio el niño hizo un esfuerzo y tendiendo la mano descarnada hacia la madre, exclamó: ¿Te acuerdas de aquello de Don Bosco? eres tú... y el Señor me lleva consigo.

La madre, al oír este lamento, echó un grito y estalló en sollozos inconsolables diciendo:

— «No, hijo mío; era el amor que te tenía el que me hacía hablar de aquella manera... Oh, hijo mío, no abandones a tu pobre madre. Ruega, ruega a Don Bosco que te cure.»

Don Bosco, conmovido, no podía hablar. Finalmente, después de haber dirigido algunas palabras de animación y consuelo a la madre, bendijo al enfermito y salió, pero el decreto de Dios fué irrevocable.

Las palabras de Massillon, citadas en el punto precedente, no pueden tener un comentario más apropiado y elocuente.

Los lectores saben muy bien que las personas que piensan como la condesa de L... son mucho más numerosas de lo que se cree, y nó sólo entre personas de alta categoría sino también entre las de mediana condición y en todas las esferas sociales.

Toda carrera es respetada; los padres, por regla ordinaria, aprueban, animan y alientan a los hijos a seguir la que es más conforme con sus inclinaciones, pero las más de las veces proceden de una manera completamente distinta cuando se trata de la carrera eclesiástica o religiosa.

Conste, pues, que una de las causas principales de la disminución de las vocaciones se encuentra en la guerra injusta que tantos padres de familia hacen a sus hijos llamados al servicio del Señor. Al contrario, qué satisfacción se experimenta a veces al oír a un padre o a una madre que dicen al hijo, cuando se dirige al Seminario o a la casa religiosa: *Vete enhorabuena, hijo mío, yo te bendigo; tú escoges la parte mejor. Ruega también por nosotros.*

Razón suprema del celo de D. Bosco

Esta razón nos la dejó escrita él mismo en una carta que revela todo su ardentísimo celo por las almas y su amor a Jesu-

cristo y a su Iglesia. «Recordemos que nosotros regalamos un gran tesoro a la Iglesia cuando logramos formar una buena vocación.» Que esa vocación, ese sacerdote vaya a la diócesis o a una casa religiosa, no importa; es siempre un tesoro que se regala a la Iglesia de Jesucristo. Nunca se deje, por falta de medios materiales, de recibir a un joven que de buenas esperanzas de vocación. Gastad todo lo que tenéis y si es preciso salid a pedir limosna, y si después de todo esto vuestra situación no mejora, no os desaniméis; la Sma. Virgen, de cualquier modo, aunque fuera prodigiosamente, acudirá en vuestro auxilio y os sacará de apuros».

Otra vez escribía al P. Luis Lasagna, más tarde Obispo Titular de Trípoli y mártir de su celo en el Brasil: «Estudia y forja proyectos; no repares en gastos, con tal que puedas formar algún buen sacerdote para la Iglesia y especialmente para las Misiones».

Y el día 12 de Octubre de 1876, escribía a todos los Salesianos:

«Existen millones de criaturas racionales, sepultadas en las tinieblas del error; desde el borde de la perdición levantan sus voces al cielo diciendo:

«Oh, Señor, enviadnos obreros evangélicos que vengan a traernos la luz de la ver-

dad y a enseñarnos el único camino que puede conducirnos a la eterna salvación». Oh, queridos hijos míos, mi corazón se llena de dolor pensando en la copiosísima mies que a cada instante y en todas partes se nos presenta y que nos vemos obligados a dejar inculta por falta de obreros».

Y que Don Bosco haya obrado siempre de una manera muy conforme con lo que aconsejaba a otros, no hay quien lo ignore. De todos modos, para mayor abundamiento, yo daré pruebas de ello.

Primera vocación ayudada por Don Bosco

Don Bosco era todavía estudiante de gimnasio en Chieri. El mismo estaba todavía indeciso respecto a la elección de su estado. Falto de medios y de consejos, sin guía que lo dirigiese, pasaba los días en amargo desconsuelo, temeroso de no poder seguir el camino que el Señor, al parecer, le indicaba.

Frecuentando, por razón de su devoción, la Catedral de Chieri, trabó amistad con el sacristán, Carlos Palazzolo. Este, a pesar de contar ya 35 años de edad, de ser de talento muy escaso y carecer de medios, descaba ardientemente hacerse sacerdote.

Conociendo la bondad de Don Bosco, le rogó se dignase darle lecciones; y Juan, sin más ni más, condescendió y se tomó el empeño de enseñarle regularmente todos los días de tal manera que pudiese dar su examen para la vestición clerical. Durante dos años el joven Bosco fué puntualísimo y trabajó con tanta paciencia y habilidad que Palazzolo presentándose a los exámenes, fué aprobado. Don Bosco, aunque bastante pobre y necesitado, jamás quiso recibir compensación de ninguna clase por su trabajo.

Entrado más tarde en el seminario, no se olvidaba de Palazzolo; éste iba a recibir de Juan lecciones de Filosofía y de Teología que Don Bosco le daba escritas con letra límpida e inteligible en dos o tres hojas, que el pobrecito estudiaba de memoria y al pie de la letra.

Y no contento con esto, Don Bosco le alcanzó de una caritativa persona un subsidio de mil liras.

Fué ordenado sacerdote en el mismo año en que lo fué Don Bosco. Y aún después de su Ordenación Sacerdotal acudía frecuentemente a él para recibir lecciones de Teología Moral. Fué un celoso ministro de Dios, trabajó con celo y provecho en el tribunal de la Penitencia y ocupó durante muchos años el cargo de Rector del San-

tuario de San Paneracio, en Pianezza, cerca de Turín.

Lleno de júbilo por la dignidad sacerdotal que había podido conseguir mediante el auxilio de Don Bosco, manifestaba su gratitud, promoviendo a su vez, las vocaciones eclesiásticas, instruyendo a jovencitos, colocándolos en el Oratorio y ayudándolos con sus modestos ahorros. Murió a los 90 años de edad, un año sólo antes de la muerte de Don Bosco.

A no haber sido por la caridad de Don Bosco, difícilmente hubiera podido el pobre Palazzolo llegar al Sacerdocio. He aquí pues, el primer medio que se ofrece al celo de los Sacerdotes y de todos los que desean ver crecer el número de lo obreros evangélicos. Don Bosco continuó trabajando por las vocaciones durante su vida clerical y en los primeros tiempos de su sacerdocio. No bien pudo dar una base menos instable a la maravillosa obra que la Virgen Auxiliadora en nombre de Dios le confiaba, ya no tuvo punto de reposo y el promover las vocaciones a la Iglesia de Dios llegó a ser el deseo más ardiente de su corazón.

No nos ahorremos, pues, y no creamos perdido el tiempo que empleamos en tomar cuidado de algún niño que ofrezca serios indicios de vocación. A veces basta una

palabra de estímulo, un consejo oportuno respecto a la dirección de sus estudios, para lograr que un joven entre por el camino en el que nunca había pensado. Compartamos de buena gana con otros los dones y la gracia que el Señor se dignó concedernos a nosotros. Conozco un querido religioso lego que habiendo debido en su juventud, por poderosos motivos independientes de su voluntad, interrumpir los estudios clásicos, jamás dejó de traficar los conocimientos adquiridos y se presta muy gustoso cuando se trata de dar lecciones de latín a ciertos jóvenes que el Superior confía a sus cuidados; y con qué éxito satisfactorio, bien lo saben muchos de mis hermanos. En este mismo año tengo, entre mis acólitos, un alumno del hermano portero, gran amigo de las vocaciones sacerdotales. Es una buena lección que edifica y conmueve a la vez.

Don Bosco empieza por poco

El Ven. Don Bosco había previsto ya desde el principio de la revolución, el vacío que se habría ido formando en el clero y no vaciló un instante. Su obra, hasta ese año 1852, había tenido ya indirectamente el fin de promover y conservar las vocaciones, mas ahora la necesidad le hacía excogitar nuevos

medios, y vió la conveniencia de asociar a su obra la de los Obispos y de los Párrocos.

En Octubre de 1852, habiendo divisado gérmenes de vocación en un jovencito de Biella, escribió al Obispo de aquella ciudad recomendándolo. El Obispo, a pesar de su celo, contestó que por muchos motivos, no podía aceptarlo. Don Bosco naturalmente quedó muy disgustado.

Algunos meses después, habiendo conocido otro joven de la Diócesis de Cuneo que daba esperanza de vocación, escribió al Obispo, no ya para recomendárselo sino para pedirle la correspondiente facultad de hacerle vestir el hábito clerical. Como se ve, Don Bosco cambiaba de táctica. El Obispo, aunque de mal grado, en vista de la necesidad en que se encontraba la Diócesis de buenos eclesiásticos, otorgó su consentimiento con la condición de que el joven cursase la carrera eclesiástica por cuenta de la Diócesis.

Ya era un pequeño progreso, y el Señor bendecía los trabajos y el celo de Don Bosco.

En 1854 dos jóvenes de las Diócesis de Pinerolo no podían ser recibidos en el Seminario por falta de medios. El Obispo, que conocía las óptimas condiciones de Don Bosco, los recomendó a él con una carta de agradecimiento por su generosa caridad. Este trabajo paciente, el continuo cuidado con que iba en busca de vocaciones, no podía

quedar estéril y en aquel mismo año ya podía enviar un catálogo de postulantes al Provicario de la diócesis de Turín presentándolos a los exámenes del Seminario, pudiendo asegurar que su conducta y capacidad nada dejaban que desear.

Empecemos pues por poco y contentémonos con lo que podemos hacer hoy sin preocuparnos de lo que podremos hacer mañana. Don Bosco repetía a menudo que lo óptimo es enemigo de lo bueno y que el que quiere las cosas perfectas en un abrir y cerrar de ojos, jamás las tendrá ni mediocres siquiera. No se puede poblar en un instante seminarios y colegios; los edificios se levantan lentamente poniendo una piedra sobre otra. En 1910 los Superiores me enviaron a Genzano de Roma, en calidad de maestro de novicios. Ellos eran tres; uno murió en Enero, el otro salió por razones de familia, el tercero continuó sólo hasta el fin del año. Ya se ve que el número de novicios no podía ser más escaso. Pero al poco tiempo la situación cambió completamente. Desde algunos años el Instituto rebosa de acólitos y de aspirantes, y hubo que ampliar el edificio para no vernos obligados a rechazar numerosos pedidos que nos llegan continuamente. Lo mismo pasa en otras casas. Confianza, pues, en la Providencia, y entre tanto hagamos prontamente lo poco que podemos.

¿Dónde hallar los jóvenes?

Preguntémoselo al mismo Don Bosco. Lo dijo él más tarde, en 1875, en una conferencia pública a sus cooperadores. Después de haberse dirigido a sí mismo esta pregunta, contestaba: « Dios me hizo conocer claramente cómo y dónde quería escoger con preferencia la sagrada milicia. No entre las familias distinguidas y ricas, porque éstas ordinariamente son demasiado infectadas por el espíritu del mundo, del que quedan imbuidos muy pronto los hijos, quienes enviados a las escuelas públicas o a los grandes colegios, pierden toda idea, todo principio, toda tendencia al estado eclesiástico que Dios había puesto en su corazón. »

Por consiguiente, los escogidos por El para ocupar un puesto glorioso entre los que deben encaminarse al Sacerdocio, hay que buscarlos entre los que manejan el martillo y el azadón. Y Don Bosco quería decir que, sin excluir a los jóvenes pertenecientes a familias de condición algo elevada, había que cultivar de una manera muy especial a los pobres jóvenes campesinos siempre que se noten en ellos indicios de vocación eclesiástica, aunque no fuesen más que remotos.

Es una constatación que, después de Don Bosco, hicieron muchos otros distinguidos eclesiásticos y Prelados.

« Desgraciadamente, exclama el Cardenal Nava en su Pastoral para la Cuaresma de 1920, las vocaciones ya no se suscitan, como en otros tiempos, en las clases acomodadas. Generalmente, hoy en día, Dios llama a sus Samuelos en las familias pobres, del mismo modo que para fundar su Iglesia, escogió a los Apóstoles entre los humildes pescadores, *suscitans de terra inopem ut collocet eum cum principibus populi sui.* (Ps. CXII)

El Señor, en su sabiduría, quiere hacer conocer mejor con esto que su obra no se sostiene por virtud de los hombres sino por la de su omnipotencia. ¿Cómo se hará, pues, para llevar adelante esas tiernas plantecitas hasta que puedan producir los copiosos frutos que de ellas se esperan? ¿Cómo y dónde hallar los recursos necesarios para costear su manutención durante tantos años que pasarán en el Seminario para formar su mente y su corazón al apostolado que luego deberán ejercer? También en esto el Corazón de Jesús llama a sus hijos a cooperar a la perpetuación de la inefable obra de su Redención. Los invita a suministrar los medios materiales para ayudar a los acólitos pobres a completar el curso regular de los estudios preparatorios para que puedan un día sacrificar la Víctima Sacrosanta, predicar a los pueblos las eternas

verdades y perdonar los pecados en nombre de Dios. ¿Acaso los cristianos no cooperan con esto a la formación de numerosos misioneros que irán más tarde a las vastas regiones donde domina todavía el paganismo, para llevar a los idólatras la luz del Evangelio, trocar los lobos en mansos corderos, quebrantar sus cadenas e inscribirlos en el catálogo de los herederos del Reino de los Cielos?»

Llamamientos análogos al del Emmo. Cardenal de Catania, los hicieron también muchos otros Obispos de Italia. Los Boletines y los Organos de las respectivas Curias, con palabras calurosas propugnan la necesidad de excogitar medios para suscitar y cultivar las vocaciones. Con razón, pues, el ánimo se alegra pensando que, debido a la correspondencia de los Sacerdotes y del pueblo, al celo de los Pastores, ya desde ahora un buen número de jóvenes pobres está en condición de poder entrar en el camino del Santuario y de las Misiones.

A la obra

Don Bosco no era hombre que se contentase con teorías. Cuando había llegado a conocer los medios conducentes para alcanzar su intento, ya no se perdía en vanas

incertidumbres, sino que echaba resueltamente mano a la obra.

Durante muchos años recorrió los pueblos y las aldeas de las diócesis de Turín, de Biella, de Ivrea, Casale, Saluzzo, Mondovì; se presentaba a los párrocos y les preguntaba cuáles de los jovencitos más virtuosos, de buena índole y de aptitud para el estudio, les parecían hábiles para encaminarse al estado eclesiástico; luego, hablando personalmente con los jóvenes indicados y con sus padres, los aceptaba por poco o nada, y los llevaba consigo a Turín.

Raras veces volvía de sus excursiones sin traer consigo algún huermanito o algún joven de halagüeñas esperanzas para la Iglesia. ¡Cuántos jóvenes ejemplares lo seguían al Oratorio desde Cardé, Vigone, Revello, Sanfront, Paesano, Bagnolo, Cavour, Fenestrelle y de otros cien pueblos de la campaña!

Naturalmente los Párrocos, que conocían la santidad y el celo del Vble., lo ayudaban en aquellas pesquisas y se daban por muy contentos y satisfechos al ver asegurado el porvenir moral y material de sus pequeños feligreses, favoreciendo sus vocaciones. Pero no siempre ni en todas partes puede haber un Don Bosco, y ha llegado el tiempo en que cada párroco debería hacer en su parroquia lo que Don Bosco ha-

cia en su Oratorio entre los innumerables muchachos que la Divina Providencia le confiaba. Libreme Dios de la presunción de creerme con derecho de dar consejos a los Párrocos; yo no hago más que repetir lo que ilustres Pastores de Diócesis, con ardiente celo recomiendan incensablemente a su clero. Oigase cómo hablaba el Exmo. Arzobispo de Bolonia a los Sacerdotes Boloñeses, en el retiro mensual de Febrero último.

«Siempre, en toda parroquia, tiene el Párroco en torno suyo cierto número de niños adictos al servicio de la Iglesia; muchos se sirven de ellos como de criados para cualquier trabajito o recado, y nada más. Es preciso, en cambio, que procuren inculcar en su mente y en su corazón pensamientos y sentimientos cristianos más profundos y más arraigados; acostumarlos a la frecuencia de los Sacramentos, a rezar cada día el Sto. Rosario, a visitar el Smo. Sacramento, a ocuparse en la lectura de cosas buenas y edificantes, especialmente de pequeñas vidas de santos; formar, en fin, algo así como una pequeña Congregación. Con esto se sacaría la ventaja de formar cristianos bien consolidados en la fe que mañana serán el nervio de la Parroquia, y de tener un día el elemento necesario para los círculos y obras parroquiales. En ese pequeño «cen-

tro» no sería difícil introducir al niño que se puede crear llamado, darle la primera formación, estudiarlo mejor y poder hacer después una buena elección». Hasta aquí Nasalli - Rocca; y yo confieso que no sabría hallar un comentario mejor al Canon 1355 del Código, que impone a los Sacerdotes y sobre todo a los párrocos la obligación de cultivar las vocaciones y sobre todo entre los niños. Pero volvamos a Don Bosco.

Santa solidaridad

¿Y dónde colocaba D. Bosco aquellos jóvenes? ¿Y cómo podía poner a cada uno de ellos en el grado que le correspondía, con tanta escasez de maestros y asistentes? ¿Cómo podía cultivar con cuidado su vocación, abrumado como estaba bajo el peso de tanto trabajo? El celo por la gloria de Dios es muy industrial.

En la pequeña casa de la Divina Providencia, el Beato Cottolengo había establecido también una familia llamada de los Tomasitos, cuyo objeto era el de promover las vocaciones eclesiásticas. En la época de que hablamos, los Tomasitos no pasaban de diez, y Don Bosco aconsejó al Canónigo Anglesio, Director de la pequeña Casa, que fundase un Colegio para estudiantes, con el

fin único y exclusivo de alimentar aquel plantel de vocaciones.

El Canónigo era de otro parecer, pero Don Bosco insistió tanto que el Canónigo, vencido por la amable importunidad de su amigo, a ejemplo de él, fundó el colegio.

A ese colegio Don Bosco dirigía una parte de los jovencitos que había recogido en las excursiones susodichas. Los dos aspirantados (llamémoslos así), en poco tiempo se llenaron de jóvenes, tanto que en 1858 y 1859, su número alcanzaba a varios centenares. Este número podrá parecer exagerado, pero viven todavía testigos oculares, como son Cagliero y Francesia. Por otra parte, nadie ignora el gran bien que el Seminario del admirable Instituto del Cottolengo acarreo y acarrea todavía a toda la Arquidiócesis de Turín y a toda Italia.

Añadiremos, que en esos tiempos, Mamá Margarita dijo un día al hijo Don Bosco: — «Pero si todos los días recibes algún niño nuevo, ya no te quedará nada para tus necesidades». Y Don Bosco contestaba con calma: «Me quedará siempre un lugarcito en el hospital del Cottolengo». Y Margarita, observa el biógrafo, acogía a los niños con franca y sincera alegría y trabajaba para su bienestar con maternal y afectuosa solicitud, olvidándose hasta de sí misma.

Requisa epistolar — Nombres ilustres

Pero Don Bosco no podía estar siempre de viaje, ni llegar a todas partes. Acudió pues, a otro medio muy fácil y que no podía quedar infructuoso. Comenzó a escribir muchas cartas; primero a varios párrocos del Piamonte y de la Lombardía, rogándoles que buscasen jovencitos entre los mayores de sus parroquias y aldeas y se los enviasen a Turín para las escuelas de latín.

Se comprende naturalmente que no puede haber medio más seguro para obtener vocaciones como el de dirigirse a los párrocos, especialmente de los centros pequeños, de pueblitos y de aldeas.

Los párrocos, más que ninguna otra persona, ya por su misión particular, ya por el continuo contacto que deben tener necesariamente con sus feligreses grandes y pequeños, están en condición de saber si en su rebaño quiere el Señor escoger alguna oveja para formar de ella un pastor.

Por consiguiente, es fácil presumir cuán oportunas llegarían las cartas y las invitaciones de Don Bosco y cómo los Párrocos se harían un deber de ponerse en comunicación con él.

Los pedidos afluían en abundancia, y

cuando D. Bosco no podía recibir de inmediato a los que se le recomendaban, no los olvidaba, sino que los anotaba con exactitud y en tiempo oportuno los buscaba con cuidado.

Una prueba de ello la tenemos en la siguiente carta dirigida al Prof. José Bonzanino.

MUY ILUSTRE Y QUERIDO SEÑOR:

Algunos años hace Ud. me dijo, y más tarde me presentó un jovencito de la diócesis de Vercelli que tenía un ardiente deseo de estudiar y de abrazar la carrera eclesiástica.

Si Ud. tuviera ocasión y comodidad de volverle a ver, y su inclinación no hubiera cambiado, quizás podría yo presentemente abrirle un camino y secundar sus deseos.

El jueves pasado he visto al Prof. Pico que está veraneando con la familia en su casa de campo. Todos están bien de salud.

Si algún grave inconveniente no lo impedirá, desde aquí efectuaremos una excursión hasta Castagneto, donde tendremos el honor de presentar a Ud. nuestros obsequios. Siete de mis estudiantes dieron su examen para la vestición del hábito clerical y todos fueron promovidos. Entre sus alumnos está *Francesia, Cagliero, Morra* y *Fu-sero*.

Sin más, aprovecho la oportunidad para

augurar a Ud. y a todos los miembros de su apreciada familia, toda clase de bendiciones espirituales y temporales.

Su affmo. in *Corde Jesu*.

SAC. JUAN BOSCO.

He subrayado dos nombres muy queridos a todos los Salesianos de la Obra de Don Bosco, a saber, Cagliero y Francesia.

Los venerados ancianos han celebrado en el pasado Junio su jubileo de diamante, sesenta años de Sacerdocio, fecundo de bien y de innumerables beneficios prodigados al uno y al otro mundo.

Sobre todo el nombre del Cardenal Cagliero ha llenado el mundo con su fama. El fué para Don Bosco lo que fué Javier papa San Ignacio. El Apóstol de las Indias escribía siempre a su Superior estando de rodillas. El Apóstol de la Patagonia no sabe echar un sermón, un discursito sin ensalzar al Vble. Padre a quien se reconoce deudor de su vocación y de la sublime grandeza a la que Dios se ha dignado elevarlo en su Iglesia.

La obra clásica de las vocaciones

Entiendo hablar de la Obra de los Hijos de María Auxiliadora para las vocaciones de adultos al estado eclesiástico.

En Junio de 1874, en ocasión del segundo centenario de la revelación del Sdo. Corazón de Jesús a Sta. Margarita Alacoque, Don Bosco había dispuesto que el Oratorio de Valdocco, junto con toda la cristiandad, fuera solemnemente consagrado al Divino Corazón.

Mas el amor de Don Bosco al Sdo. Corazón no consistía sólo en prácticas exteriores. Su suspiro incesante, como observa el biógrafo, era el de combatir el pecado y de encender en todos los corazones el amor a I. N. Señor Jesucristo. Lleno de fe en la eficacia del Ministerio Sacerdotal y del buen ejemplo de una vida fervorosa aun entre los simples cristianos, consideraba como más urgente, para luchar contra el reino de Satanás y dilatar el reinado de Jesucristo, el multiplicar las vocaciones sacerdotales y estimular a los fieles a unirse en un programa cristiano conforme con las necesidades de la época.

En sus entrevistas con el inmortal Pío IX, durante aquel mismo año, expuso sus pensamientos al Pontífice, que los aprobó y los bendijo repetidas veces con el mayor placer y de todo corazón. Y Don Bosco, de regreso a Turín, presentó a muchos Obispos sus ideas con el programa de la Obra de María Auxiliadora para las vocaciones de los adultos al estado eclesiástico.

Varios Obispos quedaron desde luego muy

entusiasmados y enviaron espléndidas comendaticias, como los de Vigevano, Acqui y Casal Monferrato.

Levantáronse fieras contradicciones, protestas, recursos a Roma, pero Don Bosco no cejó en su empresa y practicó lo que el Arzobispo Monsiñor Castaldi le había aconsejado : « Si Ud. encontrara algún contraste, no se desanime. Persuádanse todos que el medio más eficaz para vencer y triunfar es el de tener paciencia, rezar y humillarse *coram Deo et hominibus* ».

Así lo hicieron los santos fundadores de Ordenes religiosas, y así deben hacerlo los que quieran seguir sus huellas. La Obra de Don Bosco tiene consigo el dedo de Dios.

¿Qué es, pues, la Obra de María Auxiliadora que desde sus comienzos tuvo el sello de las obras de Dios, a saber, las contradicciones y las hostilidades?

Nadie puede decirnoslo mejor que el mismo Don Bosco. En una súplica dirigida a Pío IX en 1876 para implorar indulgencias en favor de la Obra, él se expresa en los siguientes términos:

« La Obra de María Auxiliadora se propone buscar jóvenes de los 16 a los 30 años, con tendencia a la carrera eclesiástica, cultivarlos, enviarlos para sus estudios a lugares y cursos adecuados, y guiarlos, si dan evidentes señales de ella, a cumplir su vocación »

De esta Obra se hizo en este año el primer ensayo que salió sobremanera satisfactorio, puesto que se logró recoger más de cien de tales alumnos y cerca de cuarenta de ellos pidieron el hábito clerical para el otoño siguiente, o de pasar a los respectivos seminarios a continuar los estudios superiores.

Porcentaje extraordinario. Documentación

Algunos años después de los comienzos de la Obra, debiendo Don Bosco presentarse al Sto. Padre, se preparó un memorial de lo que pensaba decirle. El manuscrito, que aun se conserva cuidadosamente en los archivos salesianos, dice textualmente lo siguiente :

« Un medio eficacísimo para tener y conservar las vocaciones al sacerdocio, es la obra titulada de María Auxiliadora, recomendada y enriquecida con muchas indulgencias por la Santidad de Pío Papa IX. Su objeto es el de recoger los jóvenes adultos que tengan buena voluntad y no carezcan de las cualidades necesarias al efecto. Obsérvese que sobre cien jovencitos que empiezan los estudios con intención de hacerse sacerdotes, apenas siete u ocho lle-

gan al sacerdocio, al paso que entre los adultos se ha notado que sobre cien, cerca de noventa y tres llegaron al presbiterado. »

En el primer estudio que Don Bosco había hecho en 1875 en sus registros, había observado que entre los jovencitos que emprendían los estudios para la carrera eclesiástica, apenas el veinticinco por ciento llegaban a vestir el hábito eclesiástico, alejados del Santuario por asuntos de familia, por exámenes liceales o por cambio de voluntad, que sucede frecuentemente en el año de Retórica.

Al contrario, de los que vienen ya adultos, casi todos, a saber, ocho sobre diez, visten el hábito clerical, perseveran y llegan al Sacerdocio en menos tiempo y con menor trabajo.

Esto afirma Don Bosco, basado sobre la estadística, cuando la Obra aun no estaba aprobada y construída. En lo sucesivo Don Bosco constató que el porcentaje de los jóvenes que salen bien es todavía más subido.

No es difícil convencerse de que los jóvenes en las Casas de los Hijos de María de edad ya madura, dan un resultado mucho más seguro. La voluntad es más sólida, las veleidades pueriles y el mundo con sus engaños y atractivos ya no tienen para los jóvenes que lo han conocido y tal vez servido también durante algún

tiempo, aquellos halagos que con tanta facilidad seducen a la incauta juventud.

¿ Pero será realmente cierto y verdadero el porcentaje dado por Don Bosco? ¿ No habrá hecho quizás tales afirmaciones con el intento (como se diría en la jerga moderna) de servirse de ellas como de *reclame* en favor de su obra predilecta?

El que ha conocido a Don Bosco, el equilibrio de su temperamento y la madurez de sus juicios, bien puede afirmar que no era hombre que se dejase arrastrar por el entusiasmo de una idea si no estaba más que convencido de su excelencia, de su bondad y de su eficacia. Era observador profundo, y después de haber agotado sus observaciones y sus pruebas, afirmaba sobriamente y sin vanas exageraciones los resultados que había notado.

Por lo demás, tenemos también una confirmación de ello en lo que sucedió después de la muerte de Don Bosco y de lo que continúa verificándose bajo nuestros mismos ojos. El que escribe estas páginas tenía en 1890 cerca de treinta compañeros en el último curso de los Hijos de María. Al cabo de aquel año, todos menos uno, tomaron parte en los Ejercicios Espirituales. Tres o cuatro ingresaron en el Seminario y todos los demás pidieron ser recibidos en la Sociedad Salesiana.

Algunos, de la Congregación pasaron al Seminario; algún otro abandonó la vocación, pero la mayor parte perseveró en la Sociedad Salesiana.

Son decenas de Sacerdotes que hoy trabajan en Italia, en el extranjero, en las Américas, como Superiores, Párrocos, Misioneros celosos. Este porcentaje consolador de vocaciones maduras, siempre se ha tenido y los Directores de las casas de los Hijos de María Auxiliadora pueden, con santa satisfacción, constatar cuánto haya sido providencial esta Institución de Don Bosco.

Estuve tres años como Superior de la Casa de Penango, cuando ella instruía y educaba los Hijos de María austro-alemanés y también puedo afirmar que un crecidísimo número se dirigía cada año al Noviciado, al paso que otros ingresaban en Seminarios Diocesanos o en otras Ordenes religiosas. Sin contar los que partían para las Misiones de América y de Oriente, hasta veinte trabajan actualmente con celo en las Provincias Salesianas austro-húngaras, y entre ellos no menos de siete Directores de casas muy florecientes.

En los años anteriores y posteriores a mi dirección, un número igual y hasta superior de Hijos de María se agregó a la Congregación y el Colegio continúa dando anual-

mente numerosas vocaciones escogidas.

Me permito reproducir aquí un prospecto que recién acaba de enviarme gentilmente el actual Director de Penango, relativo al último decenio.

AÑO	ALUMNOS	NOVICIOS	SEMINARISTAS
1912 - 13	23	17	2
1913 - 14	31	24	3
1914 - 15	25	14	2
1915 - 16	16	8	5
1916 - 17	27	10	6
1917 - 18	22	7	3
1918 - 19	16	10	1
1919 - 20	25	16	2
1920 - 21	26	21	2
1921 - 22	30	25	3

La elocuencia de las cifras sacadas de los registros y fielmente reproducidas aquí, es de una eficacia maravillosa.

Si el lector tiene en cuenta la calamidad de estos últimos tiempos, el período de la guerra que arruinó tantas vidas y tantas vocaciones, y saca las sumas, verá que no es exagerado el porcentaje afirmado por Don Bosco. Al contrario, si repara en los últimos años del post-guerra, cuando la rebusca de las vocaciones era más afortunada y su cultura más favorable, verá que la cifra del Venerable Padre fué superada.

Me apresuro a decir que para que estos frutos continúen, se necesitan sacrificios pecuniarios, personales, y sobre todo un celo iluminado y constante. Trátase de una obra grande y divina, y es justo y razonable que los medios necesarios sean proporcionados a su valor.

Concluiré citando una nota del biógrafo de Don Bosco.

« La obra de María Auxiliadora ha dado millares de Sacerdotes y valientes Misioneros, entre los cuales el malogrado sacerdote Miguel Unia (1896), generoso protector de los leprosos de Agua de Dios (Colombia) ; el sacerdote Domingo Milanese, verdadero apóstol de la Patagonia ; el sacerdote Bartolomé Listone, incansable misionero de la Tierra del Fuego, y también muchos Párrocos y algunos Canónigos de la Diócesis de Turín y de otras Diócesis »

Respecto a las Casas de los Hijos de María véase la segunda parte « *Cenáculos Salesianos.* »

Una estadística más - Santa complacencia - El grito de las almas apostólicas

El biógrafo de Don Bosco, después de haber hablado de su celo para las vocaciones

termina con una estadística que viene de molde para conclusión de la primera parte de este Opusculito. En 1865, en el Seminario Mayor de Turín, sobre cuarenta y seis acólitos, treinta y ocho habían cumplido sus estudios de gimnasio en Valdocco.

En 1873, sobre 150, 120 venían del oratorio como lo averiguó el P. José Bertello. A este número se añadieron otros y otros más, y presentemente algunos son canónigos, o son Curas Párrocos en Turín; 40 y más Párrocos en los alrededores sin contar los sacerdotes que no tienen cura de almas y los Misioneros que se trasladaron al extranjero. En 1870 Monseñor Cagliero, visitando con Monseñor Ferré el Seminario de Casale, constató que de 40 acólitos que había en él, 38 habían salido de las Escuelas de Don Bosco, y que los tres cuartos de los sacerdotes de aquella Diócesis fueron alumnos de Colegios Salesianos. En éstos fueron educados los dos tercios de los Párrocos de Asti, como resulta de un cómputo exacto del P. Cassetta, Cura de Castiglione de Asti. Lo mismo puede decirse de otras Diócesis subalpinas. Don Bosco dió también anualmente muchos acólitos a la Diócesis de Milán, y la Liguria cuenta 300 y más de sus alumnos sacerdotes. También en Roma hubo algunos condecorados con varios títulos y dignidades, y 6 Obispos pasaron, cuando chicos, varios años al lado de Don

Bosco. Diez años después, en 1883, hemos oído a Don Bosco exclamar: «Estoy contento. Hice redactar una estadística y se halló que más de dos mil sacerdotes han salido de nuestras Casas y fueron a trabajar en las Diócesis. Bendito y alabado sea Dios y la Santísima Virgen que nos suministran abundantemente los medios necesarios para realizar tanto bien!» Su cálculo, sin embargo, no estaba completo. Otros 500 de sus alumnos se inscribieron en el Catálogo de Aspirantes a la carrera sacerdotal antes de su muerte, y muchos otros, cuya vocación él había desarrollado, escogían para su porción el Sagrado Ministerio en los años posteriores a su muerte. A éstos añádanse los que pasaron de las casas filiales a los Seminarios y los muchos que, aconsejados por él, entraron a repoblar las Casas Religiosas.

¡Cuánto bien, pues, cuántas almas salvadas! Si la suerte más envidiable de un hombre es la de salvar un alma, ¿qué diremos de quien da a la Iglesia tantos salvadores de almas?

Un celoso y ardiente Misionero francés partía para las Misiones con este grito «*Passer les mers, sauver un alma y morir*» Don Bosco, más con los hechos que con las palabras, gritaba sin cesar; «*No un alma sola, sino todas las almas redímilas con la*

preciosísima Sangre de Jesucristo! No morir; sino vivir largamente para continuar esta obra de redención y sacrificarme incessantemente, despreciando todo lo demás. Da mihi animas, cetera tolle; y desde el Oratorio donde él se consumía para la mayor gloria de Dios, enviaba a todas partes del mundo sus sacerdotes religiosos con la palabra de orden: *Buscad almas! Buscad almas!*

Santa osadía - Dejad herederos. El código y los medios financieiros

Muchísimas son las causas que dificultan y llenan de amargura el cultivo de las vocaciones, y en nuestros días, la escasez de medios es uno de los obstáculos principales y más poderosos, ante el cual debe, a veces, detenerse el celo hasta de los más ferrosos sacerdotes y cuidadores de almas. Y entonces hay que acudir a medios extraordinarios, a industrias, y no cejar hasta que Dios y las almas de la Providencia no nos pongan en condiciones de poder continuar el reclutamiento de la milicia de Cristo.

Un día del año 1867 Don Bosco, hallándose en Módena, tuvo un coloquio con el Arzobispo. Este se quejaba de la falta de

vocaciones en su Diócesis y de medios para promoverlas.

— Pues bien, Monseñor, yo veo un medio muy fácil para remediar el inconveniente.

—¿ Y cuál sería este medio? preguntó el Obispo; me devané los sesos para dar con la solución de este problema, pero no he podido lograrlo.

— El medio consistiría en exonerar a los Párrocos de la obligación de rezar misas por el pueblo en los días de fiestas suprimidas, destinando la limosna correspondiente en favor de las vocaciones eclesiásticas. Ya hace tiempo que se me había ocurrido este proyecto, pero aun no se me había presentado la ocasión de exteriorizarlo.

— Pero no se puede exonerar a los Párrocos de semejante obligación.

— ¿ Por qué no se puede?

— Se trata de una gravísima obligación de conciencia.

— Es verdad, pero, V. S. convendrá conmigo que el que ha impuesto la ley bien puede quitarla. Escriba V. S. a Roma, exponga su necesidad, pida un idulto que cambie esta obligación, y Roma algo contestará. Lo que V. S. pide no es cosa que exceda el poder de la Iglesia.

— ¿ Y si me contesta negativamente?

— *Tentare non nocet.* Haga la prueba.

El Arzobispo se extrañó al oír aquel proyecto tan novedoso e impensado para él. Vaciló un instante, pero luego escribió a Roma y su petición fué despachada favorablemente. Este cambio de aplicación de las misas parroquiales no tardó en ser solicitado por otros Obispos y acabó por generalizarse. Más tarde, no pocos Obispos pidieron a los propios sacerdotes aplicaciones de misas para los clérigos pobres, y en muchas Diócesis a sacerdotes obligados a binar para comodidad del pueblo, se les impone la obligación de aplicar la segunda misa según la intención del Obispo, y generalmente en favor de los clérigos necesitados. Es inútil decir que las ventajas fueron notables. Hay pues que ser santamente osado, porque la cuestión de las vocaciones es, como dice Dupanloup, cuestión de vida o de muerte.

Muchos sacerdotes no tienen valor, y (digámoslo francamente), no tienen ganas de trabajar para las vocaciones, y respecto a la escasez de las mismas, nunca se acaba de echar la culpa a la perversidad del siglo, a las familias, a las escuelas, a los libros, etc. Muchos Párrocos, (a pesar de ser celosísimos, y tal vez debido precisamente a esto, piensan en todo menos en dejar tras sí un sucesor que cuando llegue el caso, se haga cargo de las obras de la Diócesis. Se pensará en las campanas, en el piso de la

Iglesia, en la tapia de la huerta, etc., cosas buenas, nadie lo niega, pero no se piensa sino raras veces en dejar a quien continúe la propia obra. (Véase Boletín de la Diócesis de Bolonia, Julio de 1922). Nada revela tanto el celo sacerdotal como el cuidado y el deseo de formar sacerdotes y de comunicar a otros la propia vida sacerdotal. Oigamos a Don Bosco.

En Julio de 1886, Don Bosco, a los alumnos sacerdotes, reunidos en asamblea, dejó este memorable recuerdo: « Yo no entiendo dirigiros muchas palabras; lo único que deseo es llamar vuestra atención sobre un asunto de la mayor importancia, y que quisiera grabar en vuestras mentes de una manera imborrable. Es el de proveer a la deficiencia de sacerdotes. No debería haber un solo sacerdote, que no procurase secundar, aun a costa de sacrificios, el espíritu de vocación en otros, para dejarlos después sus herederos y sucesores en el ministerio de salvar almas. Practicando el consejo que os doy, no dejéis de aumentar los méritos de vuestro ministerio sacerdotal. La gloria de la Iglesia, es gloria nuestra; la salvación de las almas es nuestro interés. Todo el bien que harán otros, debido a nuestro impulso, hará más gloriosa y más brillante la corona que nos espera en el cielo. »

Es cierto, sin embargo, que la cuestión

financiera es uno de los obstáculos que no siempre se llega a superar. El clero está reducido a la miseria, y mientras todas las otras clases sociales han mejorado mucho sus condiciones de bienestar civil, los sacerdotes permanecen siempre en la misma situación de tantos años atrás. Y si esto, por otra parte, asusta a los que sienten para el Santuario una vocación muy sólida, por otra parte no permite a los sacerdotes que acudan al socorro de los aspirantes.

Es debido a esto quizás, que la Iglesia, en las sabias y preciosas disposiciones del Código del derecho Canónico, ha procurado facilitar la solución de la cuestión económica.

El canon 1335 afirma que el Obispo Diocesano tiene la facultad de ordenar a los Párrocos y Rectores de Iglesias que, en ciertos tiempos del año, efectúen colectas; de imponer tasas a las Diócesis, y hasta de asignar a los Seminarios algunos beneficios simples.

En el canon siguiente va más adelante, y afirma, que (cuando esto se crea necesario para la creación y el sustento del Seminario), el tributo puede ser impuesto a la Mesa Episcopal, a los beneficios (sin exceptuar a los regulares y de juspatronato), a las Parroquias y casi Parroquias, a las Hermandades canónicamente erigidas, y has-

ta a las fábricas de iglesias y a las casas religiosas, exceptuando sólo aquellas en que se estudia o enseña con el fin de promover el bien de la Iglesia.

Intermedios y bocetos

¡Cómo! ¿También los bocetos pueden hallar cabida en estas páginas que tratan un argumento tan serio? Sí, me pareció que defraudaría las esperanzas del lector prescindiendo de ellos. Ya sabemos que Dios suele levantar de la tierra a los pobres y a los que poco valen, para colocarlos entre los príncipes de su pueblo. Así lo ha hecho siempre, y se complace en hacerlo más que nunca en nuestros días, a los que más que a ningún otro tiempo, pueden aplicarse las palabras de San Pablo: *Non multi potentes, non multi nobiles*. Los grandes corren tras las vanidades, y Dios *post factantes accipit*. Como ya lo hizo con Moisés y con David, lo hizo también últimamente con San Vicente de Paúl, con el V. Don Bosco y con cien otros. Pero basta ya de preámbulos.

Estamos pagados

Aquella tarde el Párroco, un viejito blanco como la nieve de sus montañas, sentado a la mesita de su estudio, estaba rezando el breviario después de un día de trabajo.

Desde la calle, donde moría lentamente el ruido de los últimos pasos de los campesinos que regresaban canturreando de la campaña, se oyó una vocecita de niño: — ¡Hola! el deshollinador.

El viejo se acordó de que la chimenea de su cuarto, reclamaba el trabajo del pequeño obrero. Y lo hizo llamar sin interrumpir el silencio de su rezo.

El pequeño saboyano, invitado por la criada, subió, realizó su ascensión por el negro tubo de la chimenea, empezó a limpiar, a ennegrecerse, se echó adentro y casi desapareció. Cuando hubo recorrido todo el hueco de la chimenea se dejó ver sobre la azotea con el rostro todo cubierto de hollín, alegre y jovial como antes, y canturreando al aire libre una estrofa de su canto predilecto.

A punto de salir, se presentó a la mesita del cura y lo miró con cierta timidez.

—Es medio franco, señor...

El sacerdote, absorto todavía, se sacudió, abrió mecánicamente un cajoncito, y sacando diez sueldos, flamantes y sonantes:

— Toma, le dijo, estamos pagados. El muchacho salió, bajó las escaleras, y ya en la calle, salió de nuevo con su eterna cantilena. El sacerdote, esta vez, había interrumpido su rezo, y levantando el rostro del breviario, pareció que su mente corría tras un pensamiento fijo, insistente...

— ¿Pagados?... Y cuándo se paga exactamente en este mundo lo que se debe? He dado al pequeñuelo el pan de su trabajo, pero, ¿y para su alma?... Yo sacerdote, y con cura de almas?...— Y de un brinco se asomó a la ventana, llamó al niño de la calle, y le esperó sentado en su mesita.

— ¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres? ¿Vive tu mamá? ¿Frecuentas el Catecismo? ¿Has hecho tu primera Comunión? ¿Sabes rezar tus oraciones?...

El pequeñuelo levantó su rostro, tiznado de hollín, y miró al sacerdote con dos ojitos tímidos, que casi querían llorar, al paso que su cara se ponía colorada de vergüenza.

El sacerdote tendió la mano sobre su cabeza, y el niño quedó aquella noche en su casa, donde permanció otro y otro día más... y otra semana, a su lado; y fué desde entonces su pequeño amigo.

Dos meses después, en una preciosa capilla, el sacerdote celebraba la Misa y el pequeño limpiachimeneas, con su traje-

cito blanco, con las manos juntas, recibía del anciano sacerdote la primera Comunión. Trece años después, el pequeño deshollinador, vestido él también de su casulla blanca, subía a su vez al altar teniendo a su lado al anciano Cura que lo asistía y guiaba en la conmovedora ceremonia.

Quando los dos bajaron del altar, el anciano, acercándose al misacantano, lloraba... Lo estrechó contra su pecho, y besando su frente, con los ojos llenos de lágrimas, susurró en voz baja: — Ahora sí, que *estamos pagados* (Eco del Seminario de Catania, año IV^o. número 3).

Lluvia benéfica

Treinta años hace, en Roma.

Los 6 acólitos estudiantes, en sus idas a la Universidad, pasaban todos los días delante del hotel Continental. El pequeño mozo se encontraba frecuentemente con ellos entrando o saliendo del Hotel, pero siempre rígido y fiero en su uniforme, del cual se mostraba muy ufano.

Cierto día, uno de los acólitos se permitió la libertad de dirigirle un saludo, que fué contestado con cierta mirada llena de maravilla, y con una sonrisa que no se podía calificar ni de benévola ni de des-

preciativa. Pero el ataque se había iniciado y desde aquel día, cuando el mocito se encontraba con los curitas, los miraba ansiosamente, y saludado, contestaba, aunque en tono sostenido. Era, pues, el caso de entablar conversación, y la ocasión no tardó en presentarse.

Era una mañana fría de otoño y llovía a cántaros. Los acólitos, cerca de la Fuente *Términi*, vieron delante de sí al pequeño *casí amigo*. Apresuraron el paso y uno de ellos:

— Mocito, gritó, espera;—y él volviendo se, se paró.

— Ven acá a guarecerte contra la lluvia

— No puedo.

— ¿Por qué?

— ¡Vaya! ¿No ve usted que estoy de uniforme? ¡Ay de mí si me ven!...

— Aquí, aquí bajo mi paraguas; la lluvia es recia y nadie te ve.

— No es el caso; estoy a pocos pasos del hotel; gracias.

Y entretanto ya se había refugiado bajo la copa del paraguas, donde el acólito lo tenía asido del brazo.

— ¿Cómo te llamas?

— Javier.

— ¿Romano?

— No, de Udine.

— Muy bien, ¿y papá?

— ¡Muerto!

El diálogo fué breve, rápido, como lo exigían la circunstancia y el lugar, pero la conclusión fué importante.

— Te esperamos el domingo al Sagrado Corazón, al Oratorio, calle *Puerta San Lorenzo* (actualmente calle Marsala).

— Si puedo, no faltaré.

En efecto, el domingo siguiente el pequeño Javier cumplió su palabra y se presentó con su uniforme ribeteado de oro y de plata. Los catequistas gregorianos lo acogieron *salesianamente*. El nuevo oratoriano, en el breve tiempo que pasó en el Hospicio, habló a sabor con los Salesianos. No hacía falta otra cosa.

El Hotel Continental no era lugar propio para el pequeño friulano. Bueno e inexperto todavía, habría encontrado allí su ruina. Fué cosa de pocas semanas. Una carta a la madre viuda y una palabra de recomendación al Director del Hospicio bastó para que Javier, dejando el elegante uniforme, entrase como interno en la casa de Don Bosco. Después de algún tiempo pasó al aspirantado, luego al noviciado, hizo su profesión y pidió de formar parte en una expedición de Misioneros.

Desde muchos años él se encuentra en Chile donde trabaja como buen salesiano, siempre agradecido a Dios por la gracia recibida

Cuántas veces he bendecido aquella Iluvia benéfica y recordado con el corazón palpitante de emoción aquellos momentos en que, haciéndome pequeñito, abrigaba bajo mi paraguas al mocito del hotel.

Pienso que estando el camino del Santuario y de la Religión, abierto para todos, nosotros podemos y debemos invitar a entrar en él a todos los que están dotados de las prendas morales e intelectuales necesarias para ello. El Señor no puede dejar de estar contento y satisfecho cuando ve que nosotros interpretando su deseo, buscamos convidados para el místico banquete y los forzamos a entrar. Si no temiera ser tachado de demasiado optimista me atrevería a afirmar que El ratifica nuestros llamamientos, y llegando el caso, perdonaría y tal vez corregiría y remediaría los errores que pudiéramos haber cometido a este respecto.

Para esta obra de rastrillar (pérdónese me el vocablo), a los pobres que andan por las calles y por las plazas, Dios ha llamado a los salesianos que se glorían de ella porque recuerdan las palabras de su gran Padre: *Dios suscitó la Congregación Salesiana para promover las vocaciones eclesiásticas entre la juventud pobre y de humilde condición.*

Muchos son los años que pasé ocupándome de vocaciones y siempre he tenido jóvenes

que habían sido campesinos, zapateros, albañiles, panaderos, empedradores de calles, etc.; y ahora son excelentes sacerdotes o misioneros en el Oriente o en las lejanas Américas.

Y lo que es más sorprendente y que nos da motivo para bendecir la Providencia, es que muchas vocaciones tuvieron su principio en un encuentro casual, o como consecuencia de un pequeño favor, de un acto de caridad o de una palabra echada allá casualmente por un Superior, por un maestro o por un amigo cualquiera.

¡Qué larga y edificante historia se podría escribir si se pudieran revelar los ocultos y maravillosos caminos por los que la Divina Providencia atrae a sí a los que quiere que sean ministros suyos.

FINAL PRIMERO

Un insigne cultor de vocaciones ignorado.

Se dirá quizás que Don Bosco era un santo, que ha hecho mucho bien, que cultivó y maduró muchas vocaciones, porque fué suscitado por Dios para las necesidades de los tiempos que corren, y por lo mismo dotado por El de dones extraordinarios. ¡Enhora-

buena! pero yo citaré también el ejemplo de otro sacerdote, ignorado tal vez por la mayor parte de mis lectores como lo fué por mí mismo, hasta que, hace cerca de un mes, me cayó entre manos el Boletín de la Arquidiócesis de Bolonia, correspondiente al mes de Septiembre pasado.

El Exmo. Arzobispo de la Metrópoli Bolonesa, con feliz pensamiento, efecto de su ardentísimo celo pastoral, encargó al Rdmo. P. G. Messieri la tarea de escribir algunas memorias del sacerdote José Gabrielli. El magnífico artículo lleva este título: *UN SACERDOTE QUE DIO A LA IGLESIA TRESCIENTOS SACERDOTES.*

La historia es muy breve y sencilla. Don José Gabrielli, arcipreste de la feligresía de las *Cabañas*, Diócesis de Bolonia, hombre de carácter dulce, amante del estudio y animado por el espíritu de Jesucristo, sin descuidar los deberes que le imponía el oficio de Párroco, se dedicó con vivísimo ardor a la cultura de los jóvenes aspirantes al estado eclesiástico.

Los que se le acercan una vez ya no saben desprenderse de él. él enseña latín, retórica, filosofía y teología enviando luego los alumnos a Bolonia para recibir las sagradas Ordenes. Mas, el número de los jóvenes atraídos por la fama del sabio maestro crece a más andar, y él, aconsejado también por

el Arzobispo, debe limitarse a la enseñanza de las letras y de la filosofía. A los jóvenes de la Diócesis de Bolonia se añaden muchos de Pistoia y de Florencia, y la Casa Parroquial de *Cabañas* llega a ser como un pequeño Seminario. Y a pesar de lo mucho que hacer que le daban los jóvenes, cuidaba diligentemente la Parroquia, enseñaba el Catecismo, predicaba... No era sólo cuestión de actividad y de talento sino del celo ardiente y sincero que inflamaba su corazón. Pocos libros de texto. El mismo dictaba las modestas lecciones de gramática, los principios de retórica, de filosofía, etc.

Los críticos podrán dudar quizás de la perfección de aquellas lecciones, pero lo cierto es que en treinta años, él *solo* instruyó y regaló a la Iglesia hasta trescientos sacerdotes.

En 1838, debido a una caída de caballo mientras iba a obsequiar a su Arzobispo, contrajo la primera y última enfermedad, Pero también desde el lecho de su dolor continuó dando sus lecciones durante un año entero, hasta que se agravó, y asistido por sus alumnos, murió santamente el 21 de Octubre de 1839. Su nombre es bendecido aún hoy día en *Cabañas* y alrededores, como lo demuestra la veneración que se profesa a sus despojos y el hermoso se-

pulcreto de mármol donde se ve, en bajo relieve, el busto del maestro, y este elegante y conceptuoso epígrafe, dictado por Monseñor Golfieri, más expresivo que cualquier pomposo elogio.

JUVENTUTEM UNDIQUE EJUS ACCITAM
A TENERIS ERUDIENS

BONONIAE DIOECESIM ATQUE CONTERMINAS.
CCC. PRAETER FIDEM PRESBYTERIS AUXIT.

A saber :

«Habiéndose dedicado a la instrucción de la tierna juventud, que atraída por su fama, acudía de todas partes, dió a la Diócesis de Boloña y circunvecinas, hasta trescientos sacerdotes.»

El Señor, que es el autor de todo bien y que suele suscitar las obras según los tiempos, bendijo el celo de su siervo y perpetuó sus beneficios, disponiendo que, después de su muerte, se abriese en Cabañas un Colegio o Seminario, solemnemente bendecido e inaugurado por el Emmo. Cardinal Parocchi.

El autor del artículo publicado en el Boletín concluye con estas palabras: «Escribí estas Memorias por encargo de S. E. Monseñor Arzobispo, quien ha querido que todo su clero tuviese noticias de un sacerdote cultor de vocaciones; ahora que hay tanta necesidad de que se multipliquen

sus imitadores. (Biografía del Dr. Teólogo José Gabrielli).

He aquí, pues, la manera mejor y más práctica de remediar la deficiencia de vocaciones y demostrar la sinceridad de nuestro celo, trabajando en favor de los jóvenes aspirantes.

El augurio del Exmo. Monseñor Nasalli es, sin duda, augurio de todos los Obispos de Italia. (y por qué no?) de todos los lectores de estas páginas.

PARTE SEGUNDA

IDEAS.

Aquí estoy trabajando única y exclusivamente por vuestro bien, de día y de noche, de mañana y de tarde, en todo momento... Yo no tengo otro fin que el de promover vuestro adelanto moral, intelectual y físico.

(DON BOSCO a sus niños)

Los jóvenes que habían escogido la carrera eclesiástica eran como la niña de los ojos de Don Bosco.

(DON LEBOYNE)



Origen y naturaleza de la vocación

Prevengo de antemano que no es mi intención la de tratar exprofeso y a fondo este argumento: me limitaré a recordar y llamar la atención sobre algunos principios que la misma Iglesia, no ha mucho, ordenó que no se echasen al olvido.

No es raro el caso de oír repetir que para ser llamados al estado eclesiástico o aspirar a la vida religiosa se requiere una conducta ejemplar, una bondad absoluta y tener un espíritu de profunda piedad, una marcada aversión al mundo, y no sé cuántos otros requisitos. Y hasta aquí, eliminando todo superlativo, convenimos en todo eso. Pero también no faltan autores que exigen poco menos que una santidad perfecta, una seguridad matemática de que los candidatos son llamados por Dios, una tendencia irresistible hacia la vida eclesiástica o reli-

giosa en los que aún no han entrado en el camino del Santuario o de la Religión.

Soy de parecer que, al exponer las condiciones que se requieren en los que aspiran al estado eclesiástico o religioso no se debe exagerar. Tanto más que también se corre peligro de una equivocación, por la que se confunden las señales de una buena vocación con la vocación misma. Hay en el mundo almas piadosas, de honestidad a toda prueba y que no sienten, sin embargo, ninguna inclinación a la vida eclesiástica o religiosa. Al contrario, sucede a menudo que almas poco dedicadas (por lo menos respecto a la manifestación exterior), a la piedad, o distraídas en mil asuntos terrenales, son llamadas de repente al estado eclesiástico o religioso. Superfluo es añadir que no faltan llamamientos al estado eclesiástico o religioso de jóvenes y personas que estuvieron muy lejos de ser piadosas e inocentes. Don Bosco repetía a menudo que es el Señor quien distribuye las vocaciones; que es El quien llama a los que quiere; y El no excluye a los que; a pesar de haber sido poco observantes de la ley de Dios, quieren mudar de vida y dedicarse al apostolado.

Es conveniente, pues, aclarar la cuestión, recordando algunas verdades fundamentales que expresan el pensamiento genuino de la Iglesia respecto a las vocaciones.

1º — Toda vocación viene de Dios, que a cada hombre inspira el camino y el estado más conducente para su salvación. Especialmente tocante a la vocación eclesiástica, está escrito que nadie debe introducirse por sí mismo entre los ministros de la Iglesia, sino solamente el que es llamado por Dios: *Sed qui vocatur a Deo tamquam Aaron.*

2º — Dios no suele comunicar tal inspiración de una manera extraordinaria, y ni siquiera con tales señales de certidumbre que excluyan toda duda. El quiere dejar algo a nuestra indagación para que, con el trabajo que nos tomamos para conocer su voluntad, aumentemos nuestros méritos.

3º — Cada hombre recibe de Dios cualidades personales, individuales, por las que él se siente inclinado más bien a uno que a otro estado. Es éste un hecho de experiencia inmediata y de absoluta evidencia.

4º — Este conjunto de cualidades y tendencias, en las que consiste radicalmente la vocación, puede ser favorecido u obstaculizado por el ambiente en que el hombre vive, por las personas que se frecuentan, y por un cúmulo de circunstancias exteriores, que a veces sofocan o retardan la ejecución del llamamiento divino. Más tarde, desapareciendo las circunstancias desfavorables, la vocación se hace sentir de nuevo.

5º — Aunque sea cierto que Dios da a

cada hombre un temperamento especial e inclinaciones personales, es cierto también que El no impone a cada uno un determinado estado de vida. El se contenta con que los hombres, tras una libre elección hecha bajo la influencia del carácter, puedan conseguir su fin. Por este motivo, afirma Sto. Tomás, que toda carrera humana tiene siempre un número conveniente de candidatos.

Sentados estos principios, se deducen necesariamente algunas consecuencias que nunca debe perder de vista el que se ocupa de vocaciones.

1º — Se puede decir que un joven tiene vocación eclesiástica o religiosa cuando se encuentran en él las dotes necesarias para el estado eclesiástico o religioso. No se necesita otra cosa. La voluntad recta, la intención, se presuponen necesariamente porque sin voluntad ni intención no puede haber elección sincera y por consiguiente verdadera vocación.

2º — Evidentemente, esta constatación o juicio debe ser hecho y pronunciado por el que tiene la competente autoridad y obligación. El Obispo (o el Superior religioso para los Aspirantes a la vida religiosa) llama o acepta al aspirante cuando ha encontrado en él las susodichas condiciones.

No es, pues, el caso de hablar de inspi-

raciones por parte de los candidatos ni de invitaciones del Espíritu Santo, ni de atractivos singulares, ni de inocencia angelical. La recta intención, acompañada de una suficiente probidad de vida y de dones de naturaleza y de gracia que den fundadas esperanzas de buen éxito, son suficientes y le bastan al Obispo para admitir al candidato. Lo mismo dígase, con la debida proporción, de los aspirantes a la vida religiosa. Sería, pues, un error el confundir la probidad de vida con la inocencia, de suerte que se deban excluir todos los que hayan sido víctimas de las debilidades humanas. Es suficiente que ellos no carezcan de probidad, cuando piden ser admitidos al sacerdocio o a la vida religiosa.

Preguntará tal vez el lector: ¿No son éstas, por ventura, ideas nuevas? Ya lo he dicho; están muy lejos de ser tales. No es sino por la confusión que podría nacer de las exageraciones a las que nos referimos arriba que la Iglesia ha creído conveniente y oportuno intervenir con su autorizada e infalible palabra, como luego verá el lector.

Las ideas de Don Bosco. Pocas palabras pero que equivalen a un tratado.

Por lo tanto, las susodichas consideraciones no son sino una exposición de las doc-

trinas expresadas por una Comisión de Cardenales nombrada por el Pontífice Pío X. (*Ver Acta Apost. Sedis*, 15 Julio 1912). *Ella había concluido diciendo: « nihil plus in Ordinando, ut rite vocetur ab Episcopo requiri quam rectam intentionem simul cum idoneitate in iis gratiae et naturae dotibus reposita, et per eam vitae probitatem ac doctrinae sufficientiam comprobata, quae spem fundatam faciant fore ut Sacerdotii munera recte obire eiusdemque obligationes sancte servare queat ».*

Así hablaba la Iglesia, con público documento, en 1912.

Habiendo yo tenido, por razones de mi ministerio, frecuentes ocasiones de tratar de vocaciones con padres de aspirantes, he podido constatar que las declaraciones hechas por la Santa Sede están muy lejos de ser superfluas. Muchas veces un cúmulo de protextos, y sobre todo el interés y la sensibilidad oscurecen la razón e inducen a los padres o parientes, aún eclesiásticos, a ser injustos con los pobres jovencitos, pretendiendo condiciones y prerrogativas personales que la Iglesia no exige. Lo único que ella exige es el llamamiento del Superior legítimo, la probidad y la disposición necesaria para cumplir los deberes sacerdotales. Esta declaración de la Comisión Cardenalicia ha puesto fin a muchas cuestiones

que se agitaban acerca de la naturaleza y dotes de la vocación.

Y ahora demos un salto de más de medio siglo atrás.

Don Bosco, en 1857, a un joven aspirante al estado eclesiástico que le pedía consejos al respecto, contestaba que tres son los requisitos: *probidad, ciencia, espíritu eclesiástico.*

Pero no estará demás referir íntegramente el diálogo que tuvo lugar entre él y el joven aspirante.

— Está bien, le contestaba Don Bosco, estudia, reza y en tiempo oportuno Dios te hará conocer lo que será mejor para ti.

— ¿Qué es lo que debo practicar para que Dios me haga conocer mi vocación?

— San Pedro dice que, mediante las buenas obras, nosotros podemos conocer con certidumbre la elección del estado.

— ¿Cuáles son las señales que manifiestan si uno es o no es llamado al estado eclesiástico?

— La probidad de las costumbres, la ciencia y el espíritu eclesiástico.

— ¿Cómo se podrá conocer si hay la probidad?

— Se conocerá especialmente por la victoria sobre los vicios contrarios al sexto mandamiento, respecto a lo cual hay que remitirse al parecer del confesor.

— El confesor ya me ha dicho que, tocante a ese punto, puedo ir adelante en el estado eclesiástico con toda tranquilidad. ¿Y respecto a la ciencia?

— Respecto a esto, debes remitirte al juicio de los Superiores, previo examen correspondiente.

— ¿Qué se entiende por espíritu eclesiástico?

— Por espíritu eclesiástico se entiende la tendencia y el gusto que se experimenta en tomar parte en las funciones de iglesia, compatibles con la edad y las propias ocupaciones.

— ¿Nada más?

— Hay una parte del espíritu eclesiástico que es la más importante, y consiste en una propensión a ese estado, en virtud de la cual uno se siente deseoso de abrazarlo con preferencia a cualquier otro estado, aun más ventajoso y más honroso a los ojos del mundo.

— Todo esto no me falta. Una vez deseaba ardientemente hacerme sacerdote. Durante aquellos dos años que Ud. sabe, este deseo se enfrió en mí, pero ha vuelto a encenderse, y actualmente no me siento inclinado a ninguna otra cosa. Encontraré algunas dificultades por parte de mi padre, que quisiera verme abrazar una carrera civil, mas espero que Dios me ayu-

dará a superar todos los obstáculos y a triunfar de todas las dificultades.

Don Bosco le hizo observar además, que el hacerse sacerdote quería decir también renunciar a todos los placeres terrenales; a las riquezas, a los honores del mundo, a no aspirar a cargos luminosos, a estar dispuesto a soportar los desprecios de los malignos, y a trabajar con el mayor empeño para la gloria de Dios y para ganarle almas; y sobre todo para salvar el alma propia.

Es inútil decir que con tan buenas disposiciones el joven no dejó de dar un óptimo resultado. Luchó durante varios años contra los que obstaculizaban su vocación, pero al fin y al cabo volvió al lado de Don Bosco y fué ordenado sacerdote. El Venerando P. Albera de s. m. después de haber referido este diálogo en una circular dirigida a los Salesianos, exclama: «Son pocas palabras pero que equivalen a un tratado». En efecto, el diálogo no podría ser más significativo. Y es digno de notarse el hecho de que Don Bosco siguió el mismo método ya usado por el Divino Salvador. Cuando el joven de quien nos habla el Evangelio, hubo oído de los labios de Jesucristo las condiciones para ser perfecto, contestó con júbilo: *Todo esto lo observé yo desde mi juventud*; y el alumno

de Don Bosco había dicho: *Todo esto lo tengo yo. Y como Jesucristo había añadido: Una cosa te falta todavía: vete, vende lo que posees, dalo a los pobres, renuncia a todo, sígueme en los sacrificios, en la privación de todas las cosas, del mismo modo Don Bosco no se contenta con la declaración del joven, y pone ante sus ojos las otras normas de perfección, a saber, el perfecto desprendimiento de los placeres y de los honores, la purísima intención que debe animar al sacerdote, y su disposición a hacer todo, a sufrirlo todo por las almas.*

Peró la manera con que lo hacía era tan dulce y tan suave que el aspirante quedaba subyugado.

Don Bosco, pues, cómo en todas las otras cosas, así también y de una manera especial en la cuestión de las vocaciones, sentía y obraba en perfecta armonía con las instrucciones y con el espíritu de la Iglesia.

Sobre todo, Don Bosco quería que en la elección del estado nadie se dejase llevar por la ligereza. Quería que los jóvenes reflexionasen debidamente, y no se decidiesen a la carrera eclesiástica por puro capricho, sin aconsejarse y sin haber pasado por una especie de tirocinio preparatorio.

Nadie debe creerse juez en su propia vocación.

Por falta de esta prueba preventiva, muchas vocaciones fracasaron y muchas otras se van malogrando más tarde por obstáculos imprevistos, por desalientos y sacrificios inesperados a los que los jóvenes no se sienten preparados. Es necesario, pues, que los que tienen a su cargo el cuidado de los aspirantes a la carrera eclesiástica, estudien con interés a sus alumnos, y sin dejar de amonestarlos y animarlos a permanecer firmes en su santo propósito, no les oculten las dificultades que podrán encontrar en el porvenir. Es preciso que exijan de los jóvenes la docilidad de juicio, especialmente en lo que se refiere a su vocación.

Bien está la petición, el propósito de agregarse a la milicia eclesiástica y religiosa, pero el experto director se reservará el juicio, después de haber examinado la conducta del aspirante y de haber conocido claramente que su vida está conforme con las aspiraciones que manifiesta. Oigamos lo que decía Don Bosco a los niños del Oratorio

«He prometido que os hablaría de los medios necesarios para conocer vuestra vocación. Esta tarde os diré pocas cosas, reservando para más tarde el hablarnos del

asunto con más extensión y prolijidad. Muchos de vosotros serán sacerdotes, muchísimos quedarán seglares. Pero es menester que vosotros, no por el hecho de decir me haré sacerdote, creáis sin más ni más que llegaréis a serlo realmente, y que los demás, por decir yo no quiero ser sacerdote crean absolutamente que serán seglares. No, mil veces no. Muchas veces Dios llama al sacerdocio a jóvenes que ni siquiera pensaban en ello, y otras veces, jóvenes que se creían llamados al sacerdocio, y hasta acólitos que ya tenían el hábito clerical, tomaron otra dirección. Siendo así, hasta que tenemos tiempo, roguemos al Señor que nos indique el camino que debemos seguir.

El primer medio para cerciorarnos de la vocación es el que nos sugiere San Pedro : *Fratres satagite ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatis* ; llevar una vida virtuosa y llena de santo temor de Dios. Todo lo que hacemos, hagámoslo para la mayor gloria de Dios, y entonces el Señor nos dirá lo que quiere de nosotros, la carrera que debemos escoger ».

Nada más sencillo podría decirse, para ayudar a un joven a conocer su vocación. La oración y la buena conducta obligan a Dios a manifestarnos su voluntad. Debemos recordar, sin embargo, que el Señor no nos habla directamente sino por medio de sus

Ministros : *Qui vos audit, me audit*. De donde se deduce el grave deber que tienen los que se ocupan de la vida moral y espiritual de los jóvenes, de iluminarlos cuando se les presentan para pedirles consejo. La declaración de no quererse inmiscuir en asuntos de vocación es señal de un celo hartamente flojo y censurable.

Pláceme confirmar la suma importancia de recibir, en el asunto de la vocación, un buen consejo, recordando lo que aconteció a Don Bosco niño, cuando dirigía sus primeros pasos hacia el Sacerdocio.

El consejo de un herrero. El del Padre Cafasso. - Pío XI

Don Bosco, a los diez años de edad, recibe directamente de Dios su admirable misión. Jesucristo le promete la asistencia y el auxilio de su Madre celestial, que le será maestra y le enseñará la disciplina y la ciencia ; pero no es sino con mil trabajos y dificultades que Juan logra frecuentar las primeras clases.

A los dieciséis años, mientras vive angustiado por no poder seguir su vocación, el sueño se repite y él, comunicado el hecho al padre de un amigo suyo llamado Turco, exclama con júbilo:

« Tuve un sueño, en el cual he visto que continuaré mis estudios, llegaré a ser sacerdote y jefe de muchos jovencitos, de cuya educación me ocuparé durante todo el resto de mi vida; ya está decretado y no hay que dudar de ello; pronto seré sacerdote. »

« Pero eso no es más que un sueño, observó el buen amigo y... del dicho al hecho hay gran trecho. »

« Oh, lo demás no es nada: sí, seré sacerdote y jefe de muchos, de muchísimos niños a los que haré un gran bien. »

Su seguridad es. al parecer, absoluta y excluye toda duda y temor.

A pesar de esto, al pobre Bosco no se le abrirá por delante ningún camino para llegar a la meta. Sobre todo, la falta de medios materiales le hacía perder la esperanza de poder continuar sus estudios. Sin embargo, teniendo siempre fija la mente en la idea de hacerse sacerdote y no pudiendo ingresar en el Seminario diocesano, resolvió hacerse religioso. Después de serias reflexiones y plegarias, pidió ser admitido entre los Menores Reformados, y su petición fué atendida. Mientras se preparaba a entrar en el convento de la Paz, tuvo otro sueño en el que se le disuadía de hacerse franciscano, porque en el convento de la Paz él no habría hallado la paz. ¡ Pobre Juan !

El Director Espiritual, al que lo confió todo, no quiso oír hablar ni de frailes ni de sueños, y concluyó secamente: « En este asunto es menester que cada uno siga sus propias inclinaciones y no los consejos ajenos ».

Contestación muy ambigua; como si los consejos nunca pudieran ser conformes a las inclinaciones de los que los piden. ¿ Y cómo podía él seguir sus inclinaciones? por qué no interesarse?...

Fué recordando este triste peligro, que Don Bosco, más tarde, dejaba escrito en sus Memorias:

« Oh, si entonces hubiera tenido un guía que se hubiese cuidado de mi vocación, qué tesoro hubiera sido para mí! Pero ese tesoro me faltaba. Tenía un excelente confesor, que se proponía hacer de mí un buen cristiano, pero jamás quiso inmiscuirse en asuntos de vocación. Aconsejándome conmigo mismo, después de haber leído algún libro que trataba de la elección del estado, me decidí por el estado religioso y resolví entrar en la Orden Franciscana. « Si yo me quedo clérigo en el siglo, decía, mi vocación corre mucho peligro de naufragar. Abrazaré el estado eclesiástico, renunciaré al mundo, me encerraré en un claustro, me dedicaré al estudio, a la meditación... En la soledad podré combatir más fácilmente las pasiones, especialmente la soberbia que ya echó en

mi corazón raíces muy profundas». «Por lo demás, nosotros no tenemos motivos para dolernos de que aquel Director Espiritual no haya aconsejado a Juan a hacerse Franciscano. Y Juan, después de aquel consejo singular, preparó sus documentos y con el beneplácito y la bendición de su madre, se encaminó hacia el convento de Chieri. En Castelnuovo, habiendo ido a la Casa Parroquial con intención de saludar al Párroco, no encontró ningún sacerdote.

Cierto Evasio Savio, herrero de profesión, que desde mucho tiempo amaba y apreciaba a Juan por su piedad y por su talento, al verle a la puerta del despacho parroquial con un envoltorio de ropa bajo el brazo, le preguntó dónde iba. Cuando oyó que iba al convento para hacerse religioso, el buen herrero tuvo una repentina inspiración, y desviando el argumento, preguntó a Juan:

— ¿Has comido?

— Todavía no.

— Ven, pues, a mi casa; comerás un bocado y luego hablaré yo al ecónomo.

Savio, considerando el bien que Juan habría podido hacer a su pueblo, y la grave pérdida que habría experimentado Castelnuovo, se empeñó en persuadirlo a renunciar a aquel proyecto que no le parecía bien madurado. Por fin, le aconsejó que se dirigiese al P. José Cafasso. Luego

él mismo se presentó al párroco, al alcalde y a otro señor y logró que cada uno de los tres, al terminar el año, se comprometiese a favorecer a su recomendado con la limosna de siete francos mensuales.

Y Juan pudo volver a Chieri y continuar sus estudios. Tan luego como le fué posible, se presentó al Vble. P. Cafasso que a su vez lo disuadió de ingresar en la Orden Franciscana, diciéndole: «Continúe Vd. tranquilamente los estudios; entre en el Seminario y secunde lo que la Divina Providencia le está preparando!»

Cuánto debió alegrarse el buen herrero cuando supo que el consejo de un hombre tan santo e ilustrado cual era el P. Cafasso había coincidido perfectamente con el suyo.

Aquel pobre obrero supo practicar lo que al Director Espiritual ni siquiera se le había ocurrido.

Aquí no puedo dejar de referir las hermosas palabras del Sumo Pontífice Pío XI, con las que recuerda a los sacerdotes la obligación que tienen de interesarse para poner a los jovencitos que dan señales de vocación, en condición de poderla seguir. He aquí sus palabras:

«Y cuando los sacerdotes vean que ha llegado el tiempo oportuno, se empeñarán para hacer ingresar sus alumnos en algún

Seminario para que se complete regularmente lo que ellos han empezado. Y si la pobreza de los niños lo impide y los sacerdotes no pueden hacerse cargo de los gastos correspondientes, imploren el socorro de personas pudientes y generosas, ponderándoles la santidad, la importancia y la utilidad de la obra ».

Si hay un sacerdote que haya practicado exactamente lo que ahora recomienda. Pío XI, es sin duda el Venerable Don Bosco. El que tanto tuvo que sufrir para alcanzar su meta, bien sabía comprender maravillosamente las necesidades de los que se encontraban en condiciones análogas a la suya; en semejantes casos, él repetía con palabras compasivas y alentadoras a la vez : *« Cuánto he tenido yo que sufrir para llegar a ser clérigo ; yo siempre he tenido necesidad de todo y de todos »*

Criterios de vocación

Don Bosco, en varias conferencias tenidas en Diciembre de 1864, desarrolló de la manera más completa el tema relativo a los medios que ayudan a conocer el estado a que uno es llamado. Y hace mención del primero, que es el de las buenas obras.

Ahora continuaré espigando del discurso

pronunciado el 10 de Diciembre de aquel mismo año. « Hemos dicho que el primer medio para descubrir el estado al que Dios nos llama, es el de las buenas obras. El segundo nos lo indica San Pablo, donde dice : *Oportet autem illum et testimonium habere bonum ab iis qui foris sunt.* ¿ Quiénes son los que estando fuera de nosotros, deben testimoniar respecto a nosotros ? Son el padre, la madre, el Párroco, los paisanos, el director del Colegio o casa de educación donde nos hallamos. Los jóvenes, con su conducta, dan a conocer muy pronto adónde Dios los llama, y en conformidad con esta conducta, los que *foris sunt* pronuncian su fallo. Al ver ciertos jóvenes que están con recogimiento en la Iglesia, recatados en el trato, afables con todos, oís que se va diciendo de ellos : ¡ Qué buen sacerdote será éste ! De aquel otro se dice : ¡ Qué buen soldado llegará a ser ! Procuremos cumplirlo todo, hasta los deberes más pequeños con diligencia si queremos que el Señor nos haga conocer el camino que debemos emprender. Habrá en el pueblo un joven del cual todos saben que tiene intención de hacerse sacerdote, pero estudia poco, va poco a la Iglesia y está en ella con poca devoción ; juega de buena gana, frecuenta ciertos compañeros, se deja escapar ciertas palabrotas... la pobla-

ción habla de él y da su testimonio diciendo: — ¡Qué mal sacerdote será ese fulano!

Oh mis queridos jóvenes, portaos bien, para que vuestros Superiores os puedan manifestar francamente su parecer tocante a vuestra vocación. Escuchad con atención lo que os digo ahora, porque son cosas que no se encuentran en los libros, o por lo menos en los libros que vosotros, en vuestra condición actual, no podéis tener a la mano. Tened confianza en vuestros Superiores y consultadlos a menudo, porque ellos no desean sino lo que puede ser útil y provechoso para vosotros».

Hasta aquí Don Bosco. Notad que él decía esto a jovencitos del gimnasio. Sabemos que todo niño de su colegio tenía completa libertad de conversar con Don Bosco y que él, a pesar de sus muchas y a veces apremiantes ocupaciones, siempre encontraba tiempo para atender a cualquiera que se le presentase, y con tanta tranquilidad y paciencia como si no tuviera otra cosa que hacer. Es cierto que no todos tienen la habilidad de multiplicar el tiempo como Don Bosco, pero también es cierto que no es fácil encontrar otros más ocupados que él. ¿Por qué, pues, no se da a todos los jóvenes dirigidos por religiosos y eclesiásticos, la comodidad de acercarse, siempre que lo crean conveniente, a sus Superiores para confe-

renciar con ellos? ¿Por qué no los animan y estimulan a esos coloquios individuales, procurando eliminar los presuntos obstáculos y daños que pueden redundar en menoscabo de la disciplina y del estudio? Una íntima entrevista individual con un joven vale, a veces, más que diez sermones, aunque mejor preparados y echados con el celo más ardiente.

El confesor

Después del testimonio exterior, a saber del parecer del superior, Don Bosco exige el parecer de aquel que es el único juez competente en asuntos de conciencia. Oigase con qué sencilla eficacia se expresa el Venerable:

«Hemos hablado del testimonio de los *qui foris sunt*; ahora hablaré del único que puede juzgar de las cosas internas de nuestra alma y éste es el confesor.

A él, pues, debemos abrir con toda franqueza y sinceridad los secretos de nuestra conciencia, y él sabrá decirnos el lugar que Dios quiere que ocupemos en el mundo. Hecha la elección del confesor debemos acudir a él con asiduidad, porque si él no nos conoce perfectamente, ¿cómo podrá formarse un juicio cabal y exacto de nosotros? No debéis, pues, tener dos confesores, uno para

los días de trabajo y otro para los días de fiesta, uno para las faltas ordinarias y comunes y otro para las que turban e inquietan algo más la conciencia, porque con esto se induciría al confesor a hacerse la ilusión de tener en su penitente un angelito cuando, en realidad, no tendría más que un diablito, y por consiguiente pronunciaría un juicio deplorablemente errado, y vosotros os encaminaríais con falsa seguridad por un camino contrario a los designios de Dios. Y peor aún sería si acudierais a un confesor nuevo todas las veces que os vais a confesar, como lo hacen ciertos jóvenes.

Aunque vuestros parientes, el Párroco, o vuestros Superiores os estimulasen a emprender la carrera eclesiástica; aun cuando vosotros mismos tuvieseis cierta inclinación a ella, si el confesor os dijera: — «Hijo mío, ese estado no es para ti.» — de nada servirían todos los otros testimonios; éste es el único que debéis seguir. Estos eran, pues, los criterios que Don Bosco consideraba necesarios para formarse un juicio seguro respecto a la existencia de la vocación. Cuando le parecía haber descubierto en sus jovencitos o en los que expresaban el deseo de quedarse con él, las verdaderas señales de la vocación, empezaba con gran maestría, prudencia y sagacidad la obra de su formación.

Exageraciones-Niños algo traviosos pero generosos

Una cosa que me parece digna de particular atención es la conducta de Don Bosco en la elección de las vocaciones.

Sucede a veces que ciertos jóvenes no son considerados como idóneos para la carrera eclesiástica por su excesiva vivacidad y atolondramiento. Oí decir a ciertos Sacerdotes graves que un joven no debía de tener vocación, porque nunca estaba quieto y sosegado; porque alborotaba toda la casa, corriendo y voceando. Estas cosas eran consideradas como contrarias al espíritu eclesiástico. A un cleriguillo que saltaba de dos en dos las gradas de una escalera, se le juzgaba, sin más ni más, falto de gravedad, y por lo mismo indigno de vestir el hábito. Don Bosco no era de este parecer; él quería que los niños estuviesen siempre en movimiento; tenía miedo del agua demasiado tranquila, de esa seriedad exagerada que en un joven no puede ser natural. Ciertamente Don Bosco admitía, como lo admiten todos, que una de las señales de vocación, o por lo menos, una disposición positiva para el Sacerdocio, es el amor que los niños manifiestan a las cosas de la

Iglesia; por ejemplo el preparar altarcitos, adornar capillitas de familia, etc. pero exigía que esas tendencias se hermanasen con una piedad sincera, evidenciada por la fuga del mal y por la frecuencia de los Sacramentos. Y con razón, porque la sola tendencia a preparar altares, a trasladar candeleros, podrá indicar vocación para el oficio de sacristán, como dijo agudamente un experto sacerdote bolonés.

Para Don Bosco eran un terreno muy propicio para la vocación los niños más traviosos (*biricchini*, como él solía llamarlos), inquietos, vivarachos, pero a la vez ardientes, generosos, dispuestos a salir de sí mismos, a amar, y por consiguiente a dar, y luego a darse; y por fin, a sacrificarse enteramente por el bien de los demás. Sus mejores conquistas se realizaron cabalmente entre los jóvenes de este temperamento; y si muchos que viven todavía quisieran escribir los recuerdos de sus primeros años y del génesis de su vocación, no dejarían de hacer resaltar con más brillo y esplendor, el arte del Venerable en levantar los corazones al deseo y al conseguimiento de la perfección. Pongamos pues, nosotros también, todos nuestros cuidados, en buscar tales jóvenes de carácter ardiente y generosos. Esto dejaba escrito el P. Albera en una de sus circulares a los Sa-

lesianos. Permitaseme confirmar la afirmación del Venerado P. Albera con un recuerdo personal. Había en el Oratorio de Turín dos jovencitos lombardos, muy amigos el uno del otro, de talento despejado y de vivacidad poco común; amantes de la piedad, aunque no carecían de ciertos defectillos propios de la edad juvenil; y cuando podían hacer alguna inocente travesura sin ser vistos, no dejaban de hacerla sin el menor escrúpulo. Por ejemplo: el reglamento prohibía a los alumnos tener dinero consigo; pero uno de ellos, Luis, lo entregaba a un capitán amigo de la familia que vivía en Turín; y cuando el capitán venía a visitarlo, le pedía algunos centavos que luego gastaba en chucherías cuando se salía a dar el paseo semanal, eludiendo la vigilancia de los asistentes.

Don Bosco y los otros Superiores no ignoraban las triquiñuelas de Luisito, y de Pascual, pero como conocían al mismo tiempo la óptima conducta de los dos, cerraban un ojo, cosa que no hacían con otros que a las pequeñas infracciones del reglamento, añadían otras faltas mayores y una conducta poco regular. Luis se quedó con Don Bosco, vistió el hábito clerical, fué sacerdote Salesiano, luego Director del Colegio Municipal de Alasio, y por fin, Ecónomo General de la Pía Sociedad Salesiana.

El es el P. Luis Rocca, hombre de un candor angelical, de una bondad exquisita y de un espíritu de sacrificio sin igual. Pasualito también quería quedarse con los Salesianos, pero Don Bosco lo envió al Seminario Diocesano, asegurándole que habría hecho muchísimo bien para la Iglesia y para la obra Salesiana. El es el malogrado Monseñor Morganti, Arzobispo de Ravenna, cuya vida y obras no hay sacerdote que no conozca y no admire. Su amor a Don Bosco y a la Obra Salesiana no podía llegar a un punto más culminante. El mismo P. Luis Rocca, ya Ecónomo General, se complacía en contar estas particularidades en Schio, cuando se discutía sobre el carácter y el temperamento de los niños, la paciencia que hay que usar con ellos y los criterios con que se debe juzgar de su conducta, y añadía buenamente: — Si ahora ciertos asistentes llegasen a descubrir en un niño lo que entonces los Superiores conocían de nosotros dos, pedirían quizás su expulsión sin más ni más, o por lo menos un castigo ejemplar. Y a nosotros dos, añadía con ingenua sencillez, no nos han expulsado... Monseñor Morganti ha cursado una espléndida carrera, y yo también, como veis, no he dejado de salir con discreta infamia en la mía.

La prueba

Para que las vocaciones sean sinceras, sólidas y duraderas, necesitan ser probadas, pero las pruebas, evidentemente, deben ser proporcionadas a la edad, a la índole de los niños aspirantes, y también al género de vida especial al que piensan dedicarse. También en esto Don Bosco fué insuperable. Especialmente a los que pedían de quedarse con él y de quienes debía ser directamente responsable, solía sujetarlos a pruebas y exámenes bastante serios, al paso que tales exámenes eran mucho más fáciles para los que desde sus primeros años habían sido educados en el Oratorio, y con los cuales él, conociendo perfectamente su bondad y valor, podía contar enteramente. A éstos los invitaba amorosamente a quedarse con él, seguro de su vocación, dejándolos, sin embargo, en completa libertad de corresponder o no a la invitación. No procedía de la misma manera con los adultos o sacerdotes que manifestaban deseos de ser Salesianos. De éstos exigía una especie de probación para cerciorarse de su virtud y perseverancia en el santo propósito. Con cordialidad y cortesía, pero con ingenua sagacidad, p. e.

a un profesor de filosofía confiaba una escuela elemental; a un orador de mérito el cuidado y la vigilancia de los fámulos; a éste que parecía demasiado apegado a la familia, le encargaba el despacho de algún asunto en su mismo pueblo; al otro le destinaba un lugar menos honroso en la mesa de los Superiores, etc. Pero sobre todo observaba si sabían acomodarse a la vida común y a las incomodidades inevitables en ella, y conociendo que alguno no simpatizaba con cierta ocupación, el día menos pensado lo encargaba precisamente de ella, diciéndole: — «Quiere Ud. hacerme el favor de hacer tal cosa? Se lo agradeceré.» Es fácil comprender que con ese método, a varios se les hacía la prueba demasiado cuestas arriba, y dando un adiós a D. Bosco, se marchaban; pero Don Bosco, como lo hizo en cierta ocasión el Divino Salvador, volviéndose a los que se quedaban, les preguntaba con paternal suavidad: — ¿Queréis acaso abandonarme también vosotros? — Y los más de ellos le contestaban como Pedro: — ¿Y a dónde iremos?... No; nosotros nos quedaremos con Don Bosco. — Esto es lo que hicieron José Cagliero, el P. Ortúzar, el príncipe Czartoryski y otros muchos.

He citado acaso tres nombres, y entre ellos el de José Cagliero, primo del Eminentísimo Cardenal.

Y creo conveniente reproducir las textuales palabras que dijo Don Bosco, como las refirió el Rmo. P. Albera en Piova, el 7 de Julio de 1899.

El venerado P. Albera, a quien tuve el honor de acompañar durante algunos días en aquel Santuario, me contaba las peripicias del P. José Cagliero (diácono entonces) con algunas circunstancias inéditas en la *Vida de Don Bosco*. (Vol. 9 de la edición extracomercial)

En aquellos días el Oratorio se había vuelto objeto de terribles luchas. El diácono, no vinculado aun definitivamente a la Congregación, vivía ansioso e incierto de su porvenir.

Pero cuando, en una audiencia, oyó que un alto personaje hablaba mal de Don Bosco y de su Sociedad, se levantó de repente, tomó su sombrero, salió y corrió al Oratorio; y presentándose al Venerable, con filial afecto y santo entusiasmo, le dijo: «Querido Don Bosco, puesto que los de afuera le persiguen, yo me quedaré con Ud. y jamás le abandonaré.»

A vapor El espíritu de Jesucristo

Se ha dicho muchas veces y se repite continuamente que Don Bosco fué el hombre de su tiempo. El siglo de Don Bosco ha sido el siglo de la prisa, del trabajo, de la electricidad y del vapor. No es extraño, pues, que El, en su divina calma, fuera de una actividad asombrosa. Un día en que el P. Barberis le auguraba largos años de vida y de buena salud para que pudiese realizar tantos proyectos que había ideado, Don Bosco le contestó : « Yo también pienso de vez en cuando que si el Señor prolongase mi vida hasta los ochenta u ochenta y cinco años, con la salud y prontitud de mente que tengo ahora, me parece que bien podrían hacerse muchas cosas que no dejarían de redundar en provecho, no sólo de Italia y de Europa, sino también de todo el mundo, pero disponga El como le parezca más conveniente. Hasta que me deja vivir, viviré de buena gana. Trabajo de prisa y lo más que puedo, porque veo que el tiempo apremia, y que por más que sean muchos los años que viviremos, jamás llegaremos a hacer la mitad de lo que deseáramos. Por consiguiente, concibo proyectos y procuro

ejecutarlos, perfeccionando muchas cosas lo mejor que puedo, y esperando que llegue la hora de la partida. Cuando la campana con su *dan, dan, dan*, me indicará que ha llegado la hora de partir, partiré. Y el que quedará en este mundo, completará lo que Don Bosco habrá dejado incompleto ; pero hasta que no oiga el *dan, dan, dan*, no me detendré... »

Y esta actividad incesante él la desplegaba de una manera especial en la cultura de las vocaciones, y solía decir :

« Nuestra Pía Sociedad es una de las últimas Congregaciones Religiosas, pero como todas las otras, fué suscitada por la bondad de María Santísima que bien puede decirse la fundadora y la Madre de todas, desde el Cenáculo hasta nuestros días. Ella no tiene otro fin que el de preparar buenos eclesiásticos y buenos legos para cumplir la misión que le fué confiada. Debemos por lo tanto procurar ante todo la santificación de nuestra propia alma, y luego la de los otros. (*Memorias Biográficas*, IX, 347.)

No debemos, pues, extrañarnos al leer cómo Don Bosco, animado por semejante celo, obraba aquellos prodigios que llenaban el mundo de asombro. Los primeros que se asombraban eran los mismos enemigos de la Iglesia, y los que, aun admirando la filantropía de Don Bosco, hubieran deseado

que él no trabajase con tanto empeño para formar sacerdotes de Dios. Varios entre los principales dignatarios del Estado, y entre ellos el Comendador Morena, R. Comisario para la liquidación del Patrimonio Eclesiástico en Roma, decían al P. Francisco Dalmazzo, que fué más tarde el primer Procurador General: «Mientras nosotros procuramos deshacernos de los religiosos e impedir las vocaciones eclesiásticas, Don Bosco, con una constancia digna de mejor causa, nos fabrica sacerdotes *a vapor*, en nuestras mismas barbas.» A vapor, esto es, enérgicamente, sin perder tiempo, sin vanos temores ni vacilaciones, pero con la debida preparación y seriedad. Los impedimentos y obstáculos a que se refiere Morena, no faltaron nunca; los pretextos de todo género estaban siempre listos. Queriendo impedir que él continuase en su obra de formación de jóvenes aspirantes, empezaron a suscitarle tropiezos y embarazos para la enseñanza, exigiendo los títulos legales, pero Don Bosco, con su sagacidad y perspicacia, había previsto ya muy de antemano el nuevo género de persecución que amenazaba su obra y se había preparado preventivamente con medios oportunos. Aun antes de abrir su primer Colegio fuera de Turín, había dispuesto que sus hijos frecuentasen las públicas escuelas para habilitarse a los títulos

de licencia liceal necesarios para poder frecuentar las públicas universidades. El tenía celo, valor, atrevimiento; no tenía ni prejuicios ni vanos temores; se acomodaba a las exigencias de los tiempos, de las autoridades, y hacía de necesidad virtud. Su pensamiento predominante era la gloria de Dios y el bien de las almas; y por amor de las almas sabía afrontar y superar cualquier inconveniente y obstáculo. Se exigían maestros patentados, profesores laureados, y cata aquí que él se los forma a barba regada. Las críticas de los malévolos y de los que no comprendían su espíritu, no lo turbaban, como tampoco lo intimidaban las solapadas guerras de los que hubieran debido ayudarlo. Y que los Sacerdotes fabricados *a vapor* por Don Bosco fueran realmente sólidos y de valor, lo prueba el hecho de que, a pesar de su edad muy juvenil, sabían desempeñar con envidiable competencia y éxito los cargos que Don Bosco les había confiado. Allí va una prueba de ello. En 1863 Don Bosco abrió su primer Instituto en Mirabello. ¿Quiere saber el lector los nombres del personal dirigente y docente? Son todos nombres muy conocidos y universalmente queridos y apreciados.

Director, P. Miguel Rua — Prefecto, Acólito. Provera — Catequista y Director Espi-

ritual. Acólito Bonetti — Director de los Estudios, Ac. Cerruti; y como enseñantes, Ac. Pablo Albera, Francisco Dalmazzo, y los aspirantes Domingo Belmonte, Angel Nasi. El P. Rua era el único sacerdote; tenía 26 años; todos eran jóvenes, pero Don Bosco había dicho: *Ellos tienen el espíritu de Jesucristo, que siendo eterno, sabe y puede dar la prudencia a la actividad de los jóvenes.* Don Bosco, al enviarlos, les hizo varias recomendaciones, pero la primera y principal fué la de cultivar las vocaciones eclesiásticas. El espíritu de Jesucristo, pues; he aquí el soplo divino que debe trasfundirse en los que aspiran a la salvación de las almas. Esto vale mucho más que la fábrica a vapor.

Constancia heroica.

No hay, pues, que cansarse; no hay que detenerse ante las dificultades. Claro está que para el enemigo de todo bien el celo para la cultura de las vocaciones es uno de los tormentos más atroces, porque él sabe muy bien, que cada nuevo sacerdote que se consagra, es un nuevo capitán que se enrola en la milicia de Dios para luchar y combatir contra él. Don Bosco trabajaba con todas sus energías y empleaba en el cul-

tivo de las vocaciones todos los talentos con que Dios lo había largamente favorecido. Los frutos, como se echa de ver por la lectura de estas páginas, eran por cierto muy copiosos, pero mucho se equivocaría quien creyera que sus trabajos fueran siempre perfectamente correspondidos. El trabajaba por Dios, y de Dios solo esperaba la justa recompensa; por esto es que no se turbaba cuando su celo no era coronado con el éxito deseado. Máxime cuando él tuvo necesidad de ayudantes suyos propios para las obras que Dios le había confiado, y comenzó a buscarlos entre aquellos a quienes más había favorecido, y por los que más se había sacrificado, tuvo que sufrir increíbles penas, o mejor dicho, como nota el biógrafo, una pesadísima cruz que hubo de llevar durante años y años, pero sin desanimarse ni por un solo instante. Dejemos hablar al mismo Don Bosco, y sirvan las palabras del Venerable, de aviso a la vez que de consuelo, aliento y animación a los que trabajan en el campo de las vocaciones y se sienten a veces desalentados por la escasez de los frutos que recogen. «Nadie podría imaginar las internas repugnancias, las antipatías, los desalientos, las tristezas, los desengaños, las amarguras, las ingratitudes que contristaron el Oratorio durante más de veinte años. Si los escogidos prometían quedarse con Don

Bosco para ayudarle, aquél no era más que un pretexto para poder continuar cómodamente sus estudios; terminados los estudios buscaban mil pretextos para eludir el cumplimiento de sus promesas. Después de varias pruebas frustradas, de una sola vez logró vestir el hábito clerical a ocho jóvenes, pero todos ellos, como los anteriores, abandonaron el Oratorio. Y no faltaron algunos que precisamente en la tarde del mismo día de su ordenación sacerdotal, declararon francamente que la vida del Oratorio, no estaba hecha para ellos y se fueron. Halagados por la esperanza de llevar una vida más cómoda y más tranquila, aspiraban a una Parroquia, a un Seminario Diocesano, a una Orden Religiosa, aun fuera del Estado. Algunos, después de los estudios teológicos, colgaban el hábito clerical». A pesar de todo, el Venerable, antes de morir, tuvo el consuelo de contar entre sus hijos millares de sacerdotes y en su humildad exclamaba, que las bendiciones del Señor eran inmensamente superiores a sus méritos. No digamos, pues, que los Santos salen bien porque son santos; digamos más bien que se hacen santos trabajando incesantemente, sacrificándose día a día por la gloria de Dios, recordando que *unusquisque propriam mercedem accipit secundum laborem* (S. Bernardo) y que *essentia Sacerdotii consistit in ardenti*

studio promovendi gloriam Dei, salutem proximi (Habert).

Contratos — Cartitas magistrales

.... Fac similiter

Si Don Bosco, observa el biógrafo, era tan diligente y presuroso en recibir e instruir a los jóvenes que formaban la esperanza de la Iglesia, no es posible describir el celo verdaderamente extraordinario con que los ayudaba a conocer la propia vocación. Después de afectuosas excitaciones y estímulos, para fomentar en ellos el amor a la virtud y la devoción a Jesús y a María, les hablaba de este importantísimo asunto. Y no una sino muchas veces, interrogaba a cada uno acerca de sus inclinaciones, de las prácticas de piedad, y sobre todo del estado de sus costumbres. Generalmente los prevenía, diciendo que para el que no fuera verdaderamente llamado al estado clerical, era mucho mejor que se dedicase a cualquier arte u oficio más bien que ponerse por un falso camino. Antes de pronunciar el juicio, ponderaba todas las cosas; observaba si se manifestaban las verdaderas señales de vocación y luego invocaba con la plegaria las luces del Espíritu Santo. No resolvía sino cuando estaba moralmen-

te seguro del buen éxito, y entonces hablaba sin rodeos y sin reticencias, como quien estaba persuadido de manifestar la voluntad de Dios.

Los muchos volúmenes de la vida de Don Bosco, cuentan centenares de encuentros de jovencitos deseosos de conferir con él respecto a la vocación. Y varias veces era él quien entraba primero en este discurso, antes indirectamente y luego de una manera clara y explícita.

Cierto día dijo a un joven:

— Quiero que entre los dos hagamos un contrato.

— ¿Y qué contrato?

— Te lo diré otra vez.

El joven pasó una semana agitado por una viva curiosidad, y habiendo ido a confesarse con el mismo Don Bosco se apresuró a interrogarlo:

— Dígame: ¿Qué contrato es el que quiere Ud. hacer conmigo?

— Y tú dime, contestó Don Bosco:

¿Te quedarías de buena gana en el Oratorio, para estar siempre con Don Bosco?

— ¡Ojalá! exclamó el joven, sin darse cuenta de todo el alcance de aquella propuesta.

— Pues bien, preséntate al P. Rua y díle que yo quiero hacer un contrato contigo.

El joven obedeció. El P. Rua se quedó

algunos instantes pensativo, pero luego lo acompañó a una conferencia que Don Bosco daba a los Salesianos.

El joven asistió a ella y a varias otras, ingresó en la Pía Sociedad, y actualmente es sacerdote salesiano y trabaja con mucho celo. Ya se ve que el contrato fué concluído con mucha rapidez, pero Don Bosco ya muy de antemano había estudiado al joven, había conocido sus buenas prendas, y sin más ni más le lanzó la invitación: *Veni, sequere me.*

Otras veces, antes de concluir el contrato, tanteaba el terreno, echaba las redes con delicada sagacidad, hacía notar al joven, cultivado por él, que sus tendencias revelaban su vocación y así, poco a poco, lo ayudaba a decidirse.

He aquí una muestra.

Querido Josecito:

Con mucho gusto recibí y leí tu carta.

Cuando se acaben los arreglos del altarcito, iré a echar un sermoncito como lo he prometido, y entonces hablaremos nuevamente de nuestra amistad y de nuestros asuntos particulares.

¿Te acuerdas del contrato que hemos estipulado y concluído entre nosotros?

Ser amigos, unirnos los dos para amar a Dios formando así un solo corazón y un alma sola.

El placer que experimentas, según me escribes, ocupándote como por diversión en cositas relativas al culto sagrado, es bueno e indica que Dios te quiere, y que tú también debes procurar contentarlo devolviéndole amor por amor.

Significa además otra cosa, que yo me reservo para decírtela a ti solo cuando llegues a Turín.

Turín 8 de Octubre de 1856

Afmo. amigo

SAC. JUAN BOSCO

Otra cartita no menos graciosa

Muy querido hijo mío:

Tu carta me fué de mucho agrado. Si tú experimentaste gran consuelo por un instante cuando echamos juntos algunos párrafitos ¡qué gozo será el nuestro cuando, Dios mediante, viviremos dichosos para siempre en el Cielo, donde formaremos una sola voz para alabar eternamente a nuestro Creador! Valor, pues, hijo mío; te recomiendo que permanezcas firme en la fe, que crezcas en el santo temor de Dios, que te guardes de los malos compañeros como de serpientes venenosas; que frecuentes los Sacramentos de la Confesión y Comunión, que seas devoto de María San-

tísima, y serás eternamente feliz. Cuando te ví, parecióme vislumbrar algún designio de la Divina Providencia respecto a ti; por ahora no te digo más; si vendrás otra vez a verme te hablaré más claramente, y te explicaré el significado de ciertas palabras que te dije entonces.

Que Dios conceda salud y gracia a ti, y a tu mamá. Ruega por mí, que soy de corazón
Turín, 5 de Septiembre de 1860

Tu Afmo.

SAC. JUAN BOSCO

No se puede dejar de admirar el estudio del Venerable P. en la manera tan sencilla de escribir, disfrutando santamente todo afecto que se le profesaba, y manifestando a la vez todo el interés que se tomaba por la felicidad de su joven amigo. Cuánto debían regocijarse aquellos jóvenes al recibir tales cartas, y al ver como Don Bosco, a quien tanto apreciaban, creía vislumbrar en ellos designios divinos! Esto es lo que hacía Don Bosco. Nosotros, en cambio, (digámoslo en confianza y sin ofensa de nadie), a las correspondencias de nuestros niños, damos quizás mucho menos importancia, y para despacharlos con más pres-teza, nos limitamos a remitirles una estampita o una hermosa tarjeta postal, tenemos tanto que hacer!!!.

El placer que experimentas, según me escribes, ocupándote como por diversión en cositas relativas al culto sagrado, es bueno e indica que Dios te quiere, y que tú también debes procurar contentarlo devolviéndole amor por amor.

Significa además otra cosa, que yo me reservo para decírtela a ti solo cuando llegues a Turín.

Turín 8 de Octubre de 1856

Afmo. amigo

SAC. JUAN BOSCO

Otra cartita no menos graciosa

Muy querido hijo mío:

Tu carta me fué de mucho agrado. Si tú experimentaste gran consuelo por un instante cuando echamos juntos algunos parrafitos ¡qué gozo será el nuestro cuando, Dios mediante, viviremos dichosos para siempre en el Cielo, donde formaremos una sola voz para alabar eternamente a nuestro Creador! Valor, pues, hijo mío; te recomiendo que permanezcas firme en la fe, que crezcas en el santo temor de Dios, que te guardes de los malos compañeros como de serpientes venenosas, que frecuentes los Sacramentos de la Confesión y Comuni6n, que seas devoto de María San-

tísima, y serás eternamente feliz. Cuando te ví, parecióme vislumbrar algún designio de la Divina Providencia respecto a ti; por ahora no te digo más; si vendrás otra vez a verme te hablaré más claramente, y te explicaré el significado de ciertas palabras que te dije entonces.

Que Dios conceda salud y gracia a ti, y a tu mamá. Ruega por mí, que soy de corazón
Turín, 5 de Septiembre de 1860

Tu Afmo.

SAC. JUAN BOSCO

No se puede dejar de admirar el estudio del Venerable P. en la manera tan sencilla de escribir, disfrutando santamente todo afecto que se le profesaba, y manifestando a la vez todo el interés que se tomaba por la felicidad de su joven amigo. Cuánto debían regocijarse aquellos jóvenes al recibir tales cartas, y al ver como Don Bosco, a quien tanto apreciaban, creía vislumbrar en ellos designios divinos! Esto es lo que hacía Don Bosco. Nosotros, en cambio, (dígámoslo en confianza y sin ofensa de nadie), a las correspondencias de nuestros niños, damos quizás mucho menos importancia, y para despacharlos con más pres-teza, nos limitamos a remitirles una estampita o una hermosa tarjeta postal, tenemos tanto que hacer!!!.

Cooperación

Fuera los escrúpulos - Falsa prudencia

Las vocaciones no se maduran por sí mismas, al paso que sus gérmenes se maduran con la mayor facilidad cuando no se cultivan sabiamente, como ya dije anteriormente.

El segundo sucesor de Don Bosco, haciéndose eco de las palabras del Venerable, en una de sus maravillosas circulares que los Salesianos consideran como su testamento, escribe: « Suscitar en un alma el deseo del Sacerdocio y de la vida religiosa es pues, una cosa excelente, con tal que ese deseo vaya acompañado de todas las cualidades necesarias para un estado tan sublime. La mayor parte de los jóvenes ni sospechan siquiera de tener las dotes convenientes para la vocación al estado de perfección; la disipación, la irreflexión, ciertas faltas tal vez, les impiden verlas... por consiguiente, en muchísimas circunstancias los maestros, los asistentes, los jefes de talleres, deben prevenir esas almas; llamando con discreta prudencia su atención sobre la posibilidad que ellas tienen, con sus cualidades, de hacer más tarde un gran bien si se dedican al apostolado con la elevación de una vida

superior y mejor, bajo cualquier aspecto! Y para disipar la idea de que sea criticable el hecho de insistir e invitar a la vocación sacerdotal y religiosa, cita el testimonio autorizadísimo del angélico Santo Tomás que dice: *Los que excitan y estimulan a otros a entrar en religión, no sólo no pecan, sino que merecen una gran recompensa, con tal que no intervenga en ello la violencia, las amenazas, el fraude.*

Dije que el P. Albera se hacía eco de la voz de Don Bosco. En efecto, el P. Bosco era indudablemente habilísimo cazador de almas y un expertísimo cultor de vocaciones. El que no conocía bien sus métodos, podía creer que facilitase demasiado el ingreso al Santuario para multiplicar, en proporción de su celo, los ministros del Señor. En cambio, él profesaba la gran máxima de San Vicente de Paul: « A solo Dios pertenece el escoger sus ministros y destinarlos a las varias mansiones; las vocaciones producidas por el artificio y mantenidas por una especie de mala fe, acaban después por redundar en deshonor de la Casa del Señor». El quería vocaciones eclesiásticas sinceras, y todos sus esfuerzos convergían hacia este punto; descubrir las señales, las cualidades que revelasen la existencia de la vocación y la idoneidad para los ministerios eclesiásticos.

Mas para descubrir esas señales, para conocer los gérmenes de vocación, es preciso estudiar los jóvenes, hacerse amigo de ellos; hay que interrogarlos, disipar sus prevenciones, efecto de ignorancia, de discursos inoportunos y de educación imperfecta; en una palabra, es necesario cultivar las vocaciones.

Es indudable, escribe Monseñor Rocca Nasalli, que muy a menudo el germen de las vocaciones se ve precisado a morir por falta de una mano piadosa que lo trasplante en los verjeles del Seminario.

He oído repetir muchas veces que a los jóvenes de colegios (aun de los dirigidos por religiosos,) no es conveniente hablarles de vocaciones. ; Vanos temores! Todo está en saberlo hacer con la debida prudencia, con discreción, con la misma sencillez y desenvoltura con que se suele tratar cualquier otro punto de la doctrina o vida cristiana. De otra manera, tantos jóvenes que entran en los colegios católicos con todas las disposiciones requeridas para aspirar a la vida eclesiástica y religiosa, no reciben el auxilio que tienen el derecho de exigir.

Con razón, pues, el P. Albera; en su experiencia, pudo escribir: « Toda vez que en vuestras casas me he visto rodeado por un grupo de alumnos alegres y risueños,

observando su aire de bondad e ingenuidad, en el que se traslucían claramente las bellas prendas de que estaban dotados, se me ocurría espontáneo el pensamiento de que muchos de ellos se habrían consagrado a Dios si hubieran sido bien dirigidos y ayudados a escoger lo que El llamaba: *la parte mejor*.

Y en las memorables reuniones de los ex-alumnos, en tanto centellar de bellas cualidades de mente y de corazón, y en la plenitud de su desarrollo, pensaba también que quizás muchos de ellos habrían abrazado la carrera del apostolado de las almas, si hubieran sido bien cultivados por sus superiores y enseñantes.

Háblese, pues, de vocaciones, pero sólo hablen « *ex profeso* » los que tienen la misión y la experiencia debida de ellas, y procuren impedir que la imprudencia y el celo indiscreto de personas inexpertas, eche a perder la obra de Dios.

Ojalá pudiéramos tener nosotros la habilidad y eficacia de palabra que tenía el Beato Giordo, dominico! Cuando él hablaba de vocación a los jóvenes, estaba tan seguro de persuadirlos, que hacía preparar de antemano hábitos de novicios, y la mayor parte de las veces el éxito correspondía a su celo y a sus esperanzas.

Predicando un día al pueblo, en ocasión

del ingreso en la religion de un estudiante, y dirigiéndose a los compañeros presentes, exclamó: « Oh queridos jóvenes, ¿ si uno de vosotros fuera invitado a un festín, a un gran banquete, acaso los demás dejarían de acompañarlo, siquiera por cortesía? Pues bien, ¿ no veis que este joven fué invitado por Dios a una gran fiesta? ¿ Lo dejaréis ir solo? » De repente un estudiante que hasta entonces jamás había pensado en vocación, se adelantó y exclamó: « Padre, he aquí que yo acepto vuestra invitación y me asocio a nuestro compañero ». La juventud es siempre generosa; no lo olviden los Directores de Pías Uniones, los asistentes de Círculos Católicos, los maestros de Escuelas de Religión.

Luego, no les falta a los sacerdotes celosos, el arte de hacer interesantes y llenos de atractivos los argumentos de la nobleza del sacerdocio católico, la excelencia de las Misiones, etc. Lo demás lo hará Dios.

Cómo puede malograrse una vocación.

Un paréntesis más al respecto. He referido más arriba un discursito de Don Bosco, con el que entendía precaver a sus

niños contra un engaño muy común entre ellos. « Algunos dicen: — *Yo me haré sacerdote*; y creen que sin más, lo serán; otros, en cambio, que jamás lo serán, porque dicen: — *No quiero hacerme sacerdote* ». ¿ Qué quería decir Don Bosco, especialmente con estas últimas palabras? Si no me equivoco quería significar que algún joven muy bien puede ser llamado por Dios, a pesar de tener muy pocas ganas de seguir su vocación. También puede significar que algún joven puede ser llamado, tener todos los requisitos necesarios, y no darse cuenta de ello hasta que no llegue el punto definitivo de corresponder a la vocación. Permitaseme espigar en el campo de mis recuerdos personales. En una casa donde yo era Superior, se hacían anualmente los Santos Ejercicios, llamados de los *Aspirantes*, porque entre los que tomaban parte en ellos nunca faltaban algunos decididos a la carrera eclesiástica religiosa. Otros, empero, no intervenían más que para pasar algunos días de descanso y tranquilidad campestre, y otros por mera deferencia a los Superiores que los habían invitado. Recuerdo entre los demás, un joven del Quinto Año Gimnasia, de óptima conducta y de talento poco común, aficionadísimo a los Superiores, vivaracho como ningún otro, pero amantísimo de la Religión y de las

prácticas de piedad. Al fin de los Ejercicios, cuando vino a despedirse, le pregunté:

— ¿Y ahora qué piensas hacer?

— Volver a mi casa y pasar las vacaciones lo mejor posible.

— Esto ya lo sé. ¿Pero después qué harás?

— Cursaré los Estudios Liceales. Todavía no sé si en P. o en C.

— ¿Y qué carrera piensas emprender, ¿La Medicina o el Derecho?...

— La verdad que digamos, aun no he pensado ni resuelto nada al respecto.

— Es preciso que pienses en ello.

— Claro está, pero hay tiempo todavía...

— Es cierto, pero yo desearía mucho saber lo que llegarás a ser.

— ¿Y por qué quiere Ud. saberlo?

— ¡Eres un tipo muy original! Porque he tenido un pensamiento curioso. Te he visto siempre tan amable y jovial con los compañeros, tan aficionado a los Superiores, especialmente a tu profesor, tan devoto en la Capilla, tan atento al rezo del oficio... Me parecías un canónigo.

— Vaya! ¡cuántas cosas!

— Te he visto comulgar diariamente con tanto fervor...

— Siempre he amado los sacramentos, y creo que a la frecuente Comunión debo la suerte de haberme conservado bueno durante mis años de vida colegial.

— Tienes razón, y a pesar de esto, ¿no sabes decirme cuál sea tu inclinación? es muy extraño.

— Si quiere que le diga la verdad, muchas veces he sentido en mí un vivo deseo de hacer lo que hace V. R.; laurearme en letras y dedicarme a la enseñanza de los niños. Esta es mi pasión; estar con los niños, enseñarles la virtud y la ciencia; sí, la vida de mi profesor me entusiasma y me encanta.

— Lo cual quiere decir que deseas ser sacerdote como él.

— ¿Sacerdote? ¿Qué dice Vd.?

— Pero ¿no acabas de decir que desearías hacer lo que hace tu profesor? ¿Por qué me miras con tanta sorpresa?

— Y podría ser yo también ministro de Dios?

— ¿Y quién te lo impide? Me has dicho que te agrada esa vida, que amas la enseñanza, que las vanidades del mundo no tienen atractivos para ti... Entonces...

— ¿Sabe Vd. que lo que me dice es para mí una verdadera novedad?

— Tú chanceas; quién sabe cuántas veces habrás oído hablar de vocación y de sacerdocio en nuestros Colegios.

— Le digo francamente que esta palabra jamás la había oído antes de estos Ejercicios; pero aquí tampoco se me ocurrió la

idea de que podría yo ser clérigo o sacerdote.

— Lo siento de veras. Si tú no tuvieras tanta prisa para salir, quisiera decirte algo al respecto y muy adecuado a la situación en que te encuentras.

— Gracias.

A este punto pregunto al lector si yo, en aquel caso, me habré equivocado, concluyendo para mí que aquel jovencito tenía muchos caracteres de vocación.

Pero es el caso que en aquel Colegio, por un conjunto de circunstancias debidas al ambiente y a relaciones externas, en realidad, nunca se había tocado el tema de la vocación. Digo más; aquel joven, con varios otros compañeros suyos, había venido, no para hacer los Ejercicios, sino para pasar tres días de vacaciones. Grande fué su sorpresa al ser invitado a oír cuatro sermones diarios, sin embargo aceptó y se acomodó con gusto... Sus Superiores, a quienes hablé, me confirmaron que realmente su conducta había sido siempre ejemplar bajo todo concepto. Se habría podido también cultivarlo, pero el papá... pero... y luego la prudencia... etc.

Por algún tiempo recibí todavía noticias de él... luego perdí las huellas... porque la correspondencia no se le entregaba. Para mí aquélla, como tantas otras, fué una vocación malograda.

Repito, pues; hablemos, hablemos de vocaciones.

El lamento de Jesús — La obra de las obras

Al acercarme al término de estas páginas mi pensamiento vuela insistentemente a la triste escasez de los obreros evangélicos de que hablaba el principio. Recuerdo que esta deficiencia de sacerdotes fué prevista ya por el bendito Jesús, quien un día, viendo la abundancia de la mies, salió con este angustioso grito: *La mies es copiosa, y los obreros son pocos. Rogad pues al dueño de la mies que envíe obreros a su viña.* A Jesús, pues, que lamenta la escasez de apóstoles y que recomienda rogar a su Padre, se debe la fundación de las *obras de las vocaciones.*

La Iglesia, recogiendo amorosamente el lamento de Jesús, ha trabajado en todo tiempo con el máximo empeño para multiplicar los sagrados ministros y cuanto más se hacía sentir su escasez tanto más insistentes eran sus cuidados y sus recomendaciones.

En nuestros días, el Santo Padre Pío XI, gloriosamente reinante, para estimular y fo-

mentar la obra de las vocaciones, que en tantas Diócesis de Italia y de otras naciones se ha levantado, debido a la iniciativa de celosísimos Obispos, quiso pronunciar su palabra, que no dejó ni dejará de despertar el más vivo interés en favor de la obra providencial. Pero es conveniente referir las palabras que el Santo Padre dirigió en su primer discurso al «Colegio de los Párrocos» el 22 de Febrero de 1922.

«Aprovecho la ocasión para recomendaros de una manera muy especial, la obra de las obras, a saber, la obra de las vocaciones. No podéis dejar de renacer en mí el recuerdo del bien que nuestra Iglesia Milanesa, que llevo todavía en mi corazón, está haciendo con esta obra y por medio de ella. Milán cuenta hoy día 2150 sacerdotes, sin incluir a los religiosos; y son buenos, verdaderamente buenos. El mérito principal de esto, (testigo he sido de ello desde mi infancia), corresponde a los párrocos. Allí los Párrocos saben descubrir en los niños y en los jóvenes los primeros gérmenes de la vocación; saben encaminarlos, conservarlos, ayudarlos hasta que la Obra de las Vocaciones, muy bien organizada, no tome a su cargo el cuidado de ellos.

«Así es cómo, por medio de vosotros, volverá a florecer este don divino de la gracia, el sacerdocio, el santo Sacerdocio;

porque los pueblos son buenos si no les falta el número suficiente de sacerdotes.»

El *Boletín Salesiano del mes de Abril*, después de haber referido el discurso del Santo Padre, añadía las siguientes recomendaciones, que no habrán dejado de ser bien meditadas, y puestas en práctica por los millares de Cooperadores Salesianos. Esto es lo que deberían hacer por nosotros nuestros Cooperadores más celosos, especialmente los Rvdmos. Párrocos y Sacerdotes; buscar e indicarnos muchas buenas vocaciones, que la Obra de los Hijos de María Auxiliadora se encargaría de cultivar.

Y después de esto, me parece un deber llamar nuevamente la atención de los lectores y aconsejarlos a reflexionar pausadamente, y punto por punto, sobre las palabras de Jesucristo.

Messis multa -- Benedicto XV

En ocasión del tercer Centenario de la Congregación de Propaganda Fide, del que siento no poder hablar en estas páginas, se redactaron muchas estadísticas relativas a las diversas confesiones religiosas, que existen actualmente en el mundo.

Quiero reproducir una de ellas, basada sobre los datos recogidos por el P. Krose,

jesuita, haciendo notar con *L' Osservatore Romano*, que respecto a los católicos, los datos son inferiores a los reales y verdaderos.

- Católicos 264.500.000.
- Protestantes 166.500.000
- Cismáticos 117.000.000
- Judíos 11.000.000
- Mahometanos 262.000.000
- Brahmanes (Hindú) 222.000.000
- Budistas 120.000.000
- Confucianos 235.000.000
- Taoistas 32.000.000
- Sintoistas 17.000.000
- Paganos 145.000.000

Esta estadística demuestra que, aunque el número de los católicos supere el de los secuaces de cada una de las otras religiones, los cristianos disidentes, cuyo ingreso en el único redil de Jesucristo nosotros invocamos, son cerca de 283.500.000, y que los infelices a los que dedicamos nuestra actividad misionera son, más o menos, mil millones, a saber, los dos tercios de la humanidad.

Ante la elocuencia de estas cifras, nosotros debemos exclamar con el Papa Bene-

dicto XV, en la Carta Apostólica *Maximum illud* :

«No deja de parecer muy extraño, que después de tantos y tan penosos trabajos, soportados por los nuestros en la propagación de la fe; después de tantas y tan ilustres empresas y ejemplos de invencible fortaleza, sean casi innumerables los que yacen todavía en las tinieblas y en las sombras de la muerte, puesto que el número de los infieles, según los datos de una estadística reciente, asciende poco más o menos a mil millones.»

«Pero ¿cuáles son las fuerzas empleadas por nosotros los católicos, para la conversión de los infieles, y cuáles son los resultados alcanzados? Meditando la Carta Apostólica del Sumo Pontífice, yo recordaba las palabras de mi Venerable Padre Don Bosco:

«Yo me siento profundamente conmovido cuando pienso en la copiosísima mies que continuamente y en todas partes se nos presenta, y que nos vemos obligados a dejar inculta por falta de obreros.

«Sin embargo, no nos desanimemos; por ahora nos aplicaremos seriamente a la tarea de preparar, con el trabajo, la plegaria y la práctica de la virtud, nuevas milicias a Jesucristo, especialmente con la cultura de las vocaciones religiosas.»

El P. Albera, citando las palabras de

Don Bosco, auguraba que cada uno de sus hijos cobrase tanto amor a las misiones como para poderlas repetir como propias, primero a sí mismo, y luego a sus dependientes.

Preguntémosnos a nosotros mismos: ¿Qué hace cada uno de nosotros para la conversión de tantos infieles?

Nuestra conciencia nos contestará y nos dirá que no podemos mirar con indiferencia y desentendernos completamente de la suerte de tantos infelices; nuestro corazón nos animará a hacer algún sacrificio, y nos estimulará, cuando se presente la ocasión, a prestar nuestro auxilio a un alma generosa que desea encaminarse hacia el Apostolado.

Operarii pauci

Una hermosa orden del día

En la inauguración del primer Colegio Nacional del Sdo. Corazón de Jesús que se realizó el 23 de Octubre de este año en Casal Monferrato con motivo del nuevo Templo erigido por los Salesianos, Mr. Condio de Turín desarrolló el tema: «Vocaciones Religiosas» Me permito citar.

El orador, con palabra fácil y convincente, traza a grandes rasgos, el trágico

cuadro de la mundana sociedad. El carro de la civilización avanza chirriando y tambaleando, buscando en vano nuevos rumbos. La sed del dinero, el más desenfrenado egoísmo, crecen a más andar minando y poniendo en peligro todas las tradiciones, todas las más bellas y santas conquistas de la humanidad; la familia, la religión, la patria. Y mientras algunos pocos levantan inútilmente su voz de alerta, el egoísmo continúa preparando otras trágicas y luctuosas jornadas. El orador se preocupa de la juventud italiana, y le improvisa un magnífico saludo diciendo que ella necesita ideales, que tiene sed de amor, que ha vuelto de los campos de batalla con una visión espiritualista de la vida. Y para encanalar a esa juventud que formará mañana la nueva Italia, se necesita otra juventud que renuncie al mundo, que abraza el apostolado sacerdotal y sea como la vanguardia de las futuras falanges cristianas. Recuerda las figuras de Apóstoles que en lo pasado se levantaron sobre siglos aciagos y bárbaros para indicar la civilización y la luz inextinguible.

Y sobre todo nuestro siglo desquiciado aletea el espíritu de Don Bosco y continúa por medio de sus hijos, la grande obra que tiene algo de milagroso. Nuestro siglo tiene necesidad de sacerdotes; los Seminarios

están poco menos que desiertos; hay que repoblarlos. El orador invoca con palabra apasionada numerosas vocaciones religiosas y misioneras, y concluye haciendo una mención honrosa del decano de los Misioneros católicos, el Cardenal Cagliero, al que envía el respetuoso saludo del Congreso.

Sentado esto, me hago un deber de insertar en estas páginas la magnífica orden del día que en la misma sesión fué aprobada entusiastamente.

«Se invita a los fieles a promover las vocaciones religiosas, eclesiásticas y misioneras y a sostener las varias obras fundadas al efecto, y se hacen votos para que en las familias, en los institutos educativos y en todas las obras destinadas a la instrucción y educación de la juventud, se hable a menudo y con vivo entusiasmo de la vida religiosa, del Sacerdocio y del apostolado misionero; se difundan libros y revistas que traten bien de estos argumentos, se promuevan entre los jóvenes, interesantes conferencias y fiestas o jornadas misioneras; se propaguen con celo «Las Cruzadas Eucarísticas»; «El Pequeño Clero» y otras instituciones parecidas, destinadas especialmente a favorecer las susodichas vocaciones».

Tengan los lectores la bondad de difun-

dir lo más posible esta orden del día en el círculo de sus amigos y recuerden la gran predilección con que el Sdo. Corazón mirará a los que trabajaren con empeño para multiplicar los ministros del Señor y los Apóstoles de su amor.

Rogate Dominum

¿Qué hacer pues?... La mies sobreabunda; los obreros son pocos e insuficientes. Es una situación penosa de la que es preciso salir, y la mejor manera de salir de ella es la de hallar y reclutar obreros buenos y de buena voluntad. Pero los hombres, por sí solos, no son capaces de escoger los obreros para una viña celestial; los hombres, por sí solos, no tienen poder para enviar obreros al campo del Señor que es el dueño de la mies. No queda, pues, más que una sola solución; rogar y rogar fervorosamente al Dueño, que se digne duplicar, centuplicar sus obreros según la necesidad. Tal vez no se piensa bastante que una de las gracias más urgentes que debemos pedir incesantemente a Dios en estos malaventurados tiempos, es cabalmente la gracia de buenas vocaciones. Solemos pedir tantas gracias, tantos beneficios, pero rara vez le pedimos el don más grande que

5. *Ter. one.* Un Apóstol.

El pueda conceder a la humanidad. Oigamos lo que respecto a este argumento decía un gran orador.

« El don más grande que Dios pueda otorgar a la tierra es el de un sacerdote santo. ¿Qué beneficios creéis vosotros que El prometiera a los Israelitas por medio de uno de sus profetas, si ellos hubieran querido convertirse y renunciar a sus prevaricaciones? ¿Acaso el dominio de todas las naciones?... No, esas magníficas promesas ya se las había hecho otras veces, mas ellas no habían tenido el poder de contenerlos en la observancia de la ley, ni de impedir que tributasen sus homenajes a los dioses extranjeros. El dejó, pues, a un lado promesas tan espléndidas y capaces de impresionar a un pueblo que obraba a impulso de motivos carnales y puramente humanos, para hacerle otras promesas mucho más espléndidas y preciosas.

Convertíos, oh hijos de Israel, volved al Dios de vuestros padres, que vosotros habéis abandonado, y yo os daré pastores y sacerdotes hechos según mi corazón.

Y he aquí la oportunísima plegaria que de su labio elocuente brotaba y se levantaba hasta el cielo :

Oh Dios mío, suscítad y dad a vuestra Iglesia sacerdotes fieles y pastores hechos según vuestro corazón. Nosotros, oh Señor,

no os pedimos el fin de los males que nos afligen ni la cesación de las guerras y turbulencias ; no os pedimos cosechas copiosas ni la ruella de la abundancia y de la prosperidad material ; dadnos santos sacerdotes porque con ello nos habréis dado todo lo demás. (Massillón).

Recordemos pues a menudo la orden de Jesucristo, y en nuestras oraciones diarias tengamos siempre un pensamiento, un suspiro, una plegaria por el incremento de las vocaciones. Los HH. Maristas, todos los días, después de las Horas del Oficio, ruegan a Dios con sus mismas palabras y le dicen : *« Mitte ergo quacsumus Domine operarios multos in messem tuam ».*

¿ Por qué no podremos también nosotros rezar alguna vez y con fervor la plegaria de Massillon o por lo menos la de los HH. Maristas que es más fácil y más breve ?

Pero la oración, aunque sea el primero y más importante medio para tener muchas vocaciones, no es suficiente por sí sola y quedaría estéril si no se juntase con ella, nuestra acción y nuestra cooperación. « Debemos persuadirnos, escribe el P. Rúa, que Jesús no quiere una plegaria estéril como la de quien reza y entretanto no hace lo que puede para alcanzar el efecto de la plegaria ; el Señor quiere que juntamente con la plegaria obremos y busquemos estos

obreros, los ayudemos, los cultivemos. Si el Señor pone delante de nosotros tanta mies, señal es de que nos prepara y nos quiere dar los obreros necesarios, pero esto no nos dispensa de cultivar con empeño las vocaciones. El quiere dar los frutos de la campaña, mas es absolutamente necesario que el campesino la trabaje, la siembre y la cuide».

¿Queremos ahora oír también al Vble. Don Bosco? La Pía Sociedad estaba todavía, como si dijéramos, en pañales y él se privaba de los seres más queridos y aficionados para enviarlos a misiones lejanas: Cagliero, Costamagna, Lasagna, Fagnano, etc. Y mientras rezaba incesantemente al Señor, no ahorra trabajo para aumentar el número de Sacerdotes y Misioneros. Así es como, en 1877, él podía escribir al misionero P. Cagliero: «oye una historia muy interesante y halagüeña.

Seis sacerdotes van a América, y otros seis sacerdotes entran en la Congregación. Siete acólitos los acompañan en la Misión y siete acólitos piden ser admitidos entre los Salesianos y llenan el vacío dejado por los siete que han salido. Doce coadjutores deben partir para América, para Albano y para Trinidad, y doce nuevos coadjutores muy celosos piden, se aceptan y entran a

trabajar con nosotros. Ya ves cómo Dios se cuida de nuestras cosas» (1).

¿Qué os parece, mis buenos lectores? ¿No tenía razón el Vble. afirmando que estas cosas tenían algo de increíble y que más tarde tal vez pasarían por fabulosas?

Un episodio más que atestigua el ardentísimo celo del Vble. Don Bosco por las vocaciones. Un día le fué presentado el Superior General de una Orden religiosa.

La conversación recayó sobre las vocaciones y aquel buen religioso le decía que su Orden ya no tenía novicios.

Al oír tales palabras, dichas quizás con demasiada calma, Don Bosco tomó un aspecto muy serio, y estando presente el P. Albera que se lo había presentado, amonestó al General en estos términos «Tenga Ud. presente que su Orden aun no ha hecho todo el bien que debe hacer. Ud. tendría que dar a Dios una cuenta muy rigurosa si la dejase perecer. Si no puede sostenerla en Italia, pase Ud. a Francia, a España, o América, pero procure conservar su existencia». Confieso que cuando leí por primera vez estas palabras tan vibrantes, me pareció demasiado severo el lenguaje del Venerable Padre, ordinariamente tan humilde y tan benigno, pero

(1) Vida de Don Bosco. — Vol. II pág. 178.

luego, reflexionando seriamente, acabé por convencerme de que era ésta una franqueza apostólica y efecto de un sincerísimo celo por la gloria de Dios.

Cenáculos Salesianos

Con este título llamo yo las Casas de Aspirantes a la carrera eclesiástica, religiosa, misionera. Bien podría decir que todas las casas de Don Bosco donde se cursan los estudios gimnasiales son terreno propicio para la cultura y el desarrollo de las vocaciones, mas por ahora me limito a señalar aquellos Institutos que son de intento y exclusivamente destinados a los jóvenes aspirantes. Los hay en todas las que llamamos Inspectorías o Provincias Salesianas. Prescindiendo de otras naciones, en Italia, por ejemplo, existen las siguientes: Para el Piamonte, el Instituto San Pío V; en Penango Monferrato (Alejandría); para el Véneto y la Lombardia, el Instituto San Luis en Schio (Vicenza); para la Liguria, Toscana y Emilia, el Hospicio de San Vicente de Paúl, en Sampierdarena (Génova), la casa que acogió los primeros Hijos de María y que empezó a desarrollar la obra maravillosa de la que hablé en la primera parte; para el Lazio

hay el Instituto de San Juan Evangelista en Genzana (Roma); para el Napolitano y Baja Italia, el Instituto Salesiano de Pórticos Bellavista (Nápoles); para la Sicilia el Seminario de las Misiones Extranjeras de San Gregorio (Catania). En todos estos Institutos se reciben, con todas las posibles facilidades, a los que tienen alguna aspiración a la vida eclesiástica: dirigirse a los respectivos Directores. Hay que notar que a los que están resueltos a consagrarse al Señor en la Sociedad Salesiana, se les acepta en condiciones favorables excepcionales.

El *Boletín Salesiano* (Abril 1922) órgano de la Pia Asociación de los Cooperadores, al recomendar el cuidado de las vocaciones, y de una manera especial las Casas de formación, se expresaba en los términos siguientes: «El P. Rúa de s. m., maravilloso intérprete del pensamiento de Don Bosco, trabajó con empeño para lograr que cada Inspectoría Salesiana tuviese a lo menos un floreciente Instituto de Hijos de María, cabalmente para multiplicar las vocaciones sacerdotales y misioneras. Los salesianos siempre y en todas partes están dispuestos a multiplicar esas escuelas, es ro toca a vosotros, queridos Cooperadores y especialmente a vosotros, celosos Sacerdotes, el indicar y enviarnos tales joven-

tos que se encuentran en las familias cristianas, con la misma diligencia y celo por la expansión del reino de Dios con que nosotros procuramos descubrirlos y escogerlos de entre los jóvenes que pueblan nuestros Institutos y nuestros Oratorios Festivos.

El Instituto Cagliero

Merece una particular mención el Instituto Cagliero recientemente abierto, para los aspirantes a las Misiones. La Providencia quiso dar al Emc. Cardenal Salesiano, al apóstol de la Patagonia, un consuelo que debió de serle mucho más agradable que cualquier otro, en el día de sus Bodas de Diamante. Una fundación que, recordando su nombre, tiene por objeto acoger a todos los que desean consagrarse a las Misiones, ya sean grandes o pequeños, acólitos o sacerdotes, estudiantes, artesanos u obreros.

¿Qué cosa maravillosa! No hay, para el ingreso, pensión determinada, ni derechos de entrada; lo único que se exige es la buena voluntad, el deseo de dedicarse a las Misiones y las dotes y aptitudes correspondientes al misionero católico.

El Instituto Cagliero (Ver el *Boletín Salesiano de Octubre de 1922*) ya ha inaugu-

rado una sección-estudiantes en la que se reciben jóvenes de los 14 años arriba, con la condición de que aspiren a las Misiones.

El curso de los estudios corresponde, en su conjunto, al programa del curso gimnasial, con oportunas adaptaciones, tanto para la duración como para las materias de enseñanza, según la instrucción y capacidad de los alumnos. Se recomienda encarecidamente a todos los Eclesiásticos, a los Cooperadores, a los ex-alumnos, a los Círculos Católicos, a las obras de Propaganda religiosa, y a todas las personas que se interesen por la causa de la Iglesia y para la salvación de las almas, que acudan en nuestro auxilio, buscando, aconsejando y enviándonos a todos los que manifiestan algún germen de sólida vocación misionera. Por pedidos de aceptación, por informes, etc., dirigirse al sacerdote Felipe Rinaldi, Rector Mayor.

Ya se ve, pues, que la Providencia, en estos últimos años, se ha mostrado muy pródiga, preparando para los aspirantes increíbles comodidades. Y ya no constituirá un obstáculo al celo de los cultores de vocaciones (por lo menos religiosas y misioneras) la preocupación relativa a su colocación para la necesaria formación.

Cadena áurea

No quiero privar a mis lectores de una brevísima colección de máximas del Ven. Don Bosco y de su inmediato sucesor P. Rua. Estos pensamientos, a la vez que constituyen un pequeño programa relativo a la cultura de las vocaciones, pueden considerarse como un compendio de lo que el mismo Don Bosco nos ha enseñado con el ejemplo y con la palabra en el curso de estas páginas.

I

Rueda maestra

La elección de estado es como la rueda maestra de toda la vida. Así como en los relojes, descompuesta la rueda maestra, queda trastornado todo el mecanismo, así también, en el orden de nuestra eterna salvación, errado el estado, andará errada toda la vida.

Don Bosco.

II

Deber del aviamiento.

Vosotros no lo extrañaréis si os confieso que, formado en la escuela de Don Bosco, no puedo llamar verdadero celo el de un religioso o de un sacerdote, que se diera por contento y satisfecho con instruir y educar los niños de su Instituto o de su escuela y no procurase encaminar hacia el Santuario a los que dieran manifiestas señales de vocación, y que suelen ser los mejores.

P. RUA

III

Trabajar junto con Dios

No se puede negar que, en materia de vocaciones, a nosotros también nos toca una parte muy importante; nosotros debemos trabajar junto con Dios y preparar nuevos apóstoles. Sin nuestra cooperación, cuantas plantitas lozanas, destinadas a dar abundantísimos frutos, se ahilarían y acabarían por secarse

P. RUA

IV

Cultura diligente y cuidadosa

Vuestro celo no debe limitarse al cuidado general de vuestros alumnos. Vuestro ojo inteligente no tardará en divisar en algunos de ellos la aureola de una vocación celestial. Así como el solerte jardinero cultiva con especial esmero las tiernas plantitas que, más sanas y vigorosas que las demás, están destinadas a producir los granos que deben ser la semilla de la nueva cosecha, así también debéis hacer vosotros respecto a esas almas predilectas que el Señor llama a la vida religiosa o a la carrera sacerdotal.

P. RUA

V

Con sacrificio

El trabajo, la buena y seria conducta de nuestros hermanos, ganan y arrastran, por decirlo así, a los alumnos a seguir su ejemplo. Háganse sacrificios pecuniarios y per-

sonales, pero practíquese el sistema preventivo, y tendremos vocaciones en abundancia.

Don Bosco

VI

Medios de cultura

Para cultivar las vocaciones eclesiásticas, insinúad: 1º Amor a la castidad; 2º Horror al vicio contraric; 3º Separación de los discipulos; 4º Comunión frecuente; 5º Tratadlos con caridad, amabilidad y benevolencia.

Don Bosco

VII

Delicadas precauciones

Cuando un joven manifiesta señales de vocación, procurad granjearos su amistad. Es indispensable alejarlo de las malas lecturas y de los compañeros que hacen discursos obscenos. Mediante la frecuente confesión y comunión, procurad conservar en vuestro alumno la reina de las virtudes, la pureza de las costumbres.

Don Bosco

VIII

La virtud esencial.

La prudencia y la dulzura, las cristianas relaciones de los maestros con los alumnos, ganarán entre ellos muchas vocaciones; pero aquí también procédase con mucha cautela y precaución, para no recibir nunca entre los socios, ni mucho menos para el estado eclesiástico, sino los que dan motivos fundados para creer que conservarán la virtud angelical.

Don Bosco

IX

Las ruinas

Los diarios, los libros malos, los compañeros, los discursos poco morales en familia, son a menudo causa funesta de la pérdida de las vocaciones, y muchas veces desgraciadamente malean y extravían a lo mismos que ya han hecho su elección de estado.

Don Bosco

X

Claves y sostenes

Yo creo que las pequeñas Asociaciones, como serían el Pequeño Clero, la Compañía del Santísimo Sacramento, de San Luis, de María Auxiliadora y de la Inmaculada Concepción, se pueden llamar llaves de la piedad, conservatorio de la moral, sostén de las vocaciones eclesiásticas y religiosas.

Don Bosco

XI

Desinterés

Procure el Director impedir la carrera eclesiástica de los que quisieran emprenderla con el intento de ayudar la propia familia, alegando el pretexto de su pobreza. En tales casos, aconseje la elección de cualquier otro estado, profesión, arte u oficio, pero jamás el estado eclesiástico.

Don Bosco

XII

El ejemplo de una madre.

En vísperas de mi ordenación sacerdotal, mi madre me dijo con seriedad : — « Sepas, hijo mío, que de hoy en adelante ya nada espero de ti. Confío en Dios. Si tú, como sacerdote, llegaras a ser rico, *recuérdalo bien*, ya no me verás ; ya no pondré el pie en tu casa ».

DON BOSCO

XIII

Afectuosa e insistente recomendación

Cultivad la *Obra de María Auxiliadora* según el programa que ya conocéis ; no dejéis jamás, por falta de medios, de recibir un joven que dé buenas esperanzas de vocación. Gastad todo lo que tenéis ; si la necesidad lo exige, salid a pedir limosna ; y si después de esto, vuestra situación financiera continúa siendo precaria, no os afanáis ; *la Santísima Virgen, de cualquier manera, aun prodigiosamente, acudirá en vuestro auxilio.*

DON BOSCO

XIV

Por lo menos una flor

Don Bosco, en la compilación del programa de los Hijos de María Auxiliadora, citó estas palabras de San Vicente de Paul: *No hay obra de caridad más hermosa que la de formar un sacerdote.* Mano pues a la obra. Trabajad, velad, rezad para que en cada una de nuestras casas germine y brote alguna flor para ofrecer a María Auxiliadora.

P. RUA

FINAL SEGUNDO

Cortejo de almas — Augurio final

Cuando San Felipe Neri subió al Cielo, el Señor envió a su encuentro todas las almas que él había salvado.

Ahora yo digo que si el Señor ha hecho lo mismo también con Don Bosco, ; qué cor-

tejo inmenso de almas habrá acompañado al Venerable al trono de Dios!

Es cierto que el que favorece las vocaciones eclesiásticas, el que coopera de alguna manera a que los Sacerdotes se multipliquen, participa de los méritos que ellos adquieren trabajando en pro de las almas.

Y si teniendo la ocasión de cultivar la vocación de algún jovencito, no la aprovecháis, ¿cómo podréis vivir tranquilos?

«Ese niño, dice Monseñor Dupanloup, sobre el cual Dios tenía designios, para cuya realización él contaba con vosotros, ¿sabéis lo que habría llegado a ser y cuánto bien habría podido hacer?

Pero vosotros habéis rehusado vuestra cooperación a él y a Dios; ese bien que se debía hacer, por culpa vuestra no se hará.

Habría sido quizás un apóstol, un Carlos Borromeo, un Francisco Javier, un Vicente de Paul, que vuestra negligencia ha sofocado en la cuna».

Pero no es conveniente que esta compilación se termine con un pensamiento tan triste.

A mis buenos lectores yo hago, en cambio, el augurio de que al fin de su vida virtuosa y larga hasta más no poder, puedan tener la dichosísima suerte de San Felipe Neri.

Hago también los más fervientes votos para que, durante la vida presente, prescindiendo de lo demás, tengan la suerte de ser objeto de toda la fructuosa gratitud de que es capaz un sacerdote que reconoce de ser ial, debido únicamente a la cooperación de sus bienhechores.

En el curso de estas páginas he hablado de tantos jovencitos beneficiados; y ahora, tocando la tecla de la gratitud, siento repercutir en mi alma la delicada cuerda del agradecimiento, tanto que no sé ni puedo resistir a la tentación de hablar de otro jovencito más beneficiado que ningún otro por Dios y por los hombres; de aquel cleriguiillo que, al amparo de su paragua, guarecía contra la lluvia al pequeño Javier y que ahora es sacerdote desde 25 años.

Ahora él asegura que jamás ha celebrado una Misa sin recordar la dulce figura de su generoso bienhechor, Monseñor Silvini Nervi, sin el cual jamás habría llegado al sacerdocio.

Los cleriguiillos de la Parroquia, en la que también él prestaba sus servicios, no eran santitos y él no era de los mejores, pero aquel venerado párroco, entusiasta admirador de Don Bosco, de su sistema y de su obra, so pretexto de pequeños recados, lo llamaba frecuentemente a sí, y pro-

curaba mejorarlo e infundirle amor a los estudios, que él había debido interrumpir por falta de medios.

Habló con sus padres, y con facilidad los persuadió a dejarlo salir para Turin, para el Oratorio de Don Bosco. Su primer Director, Luis Brunelli, supo inspirarle un grande amor a la congregación, cuidó con paternal bondad su vocación, y lo hizo aceptar en la Pía Sociedad.

En su primera misa no tuvo el consuelo de ver a su lado al buen párroco, porque Dios lo había tomado consigo casi en la víspera de su ordenación, pero el espíritu del santo anciano aleteaba en torno suyo, y hoy, al renovarse el júbilo, con motivo de sus bodas de plata, el pensamiento vuelve una vez más a él, a quien después de Dios, se reconoce deudor de su alegría y de su felicidad en la querida familia de Don Bosco.

Levántense pues, cada vez más numerosas, semejantes almas generosas y con toda suerte de medios materiales y morales, procuren multiplicar los ministros del santuario, de la religión; ellos tendrán acá en la tierra toda la gratitud de sus beneficiados, y en el Cielo la gloria de Felipe Neri y de Don Bosco.

Quién fuese aquel jovencito, ya lo dije

más arriba; el que deseara saber su nombre mire la primera palabra de la carátula del presente librito, y luego dignese encomendarlo al Señor para que en el porvenir, corresponda más dignamente a su vocación y emplee con más celo y ardor, en favor de los nuevos reclutas eclesiástico - religiosos, las pocas fuerzas que le quedan todavía.

Así sea.

INDICE

Prefación pag. 3

PARTI I. — Hechos

El sacerdote católico.	pág. 8
También en otras épocas	» 10
Cifras y cotejos	» 13
¿De dónde proviene la crisis de las vocaciones?	» 15
General, hombre de estado, profesor.. pero no sacerdote	» 18
Razón suprema del celo de D. Bosco. Primera vocación ayudada por Don Bosco	» 23
Don Bosco empieza por poco	» 25
¿Dónde hallar los jóvenes?	» 28
A a la obra	» 31
Santa solidaridad.	» 33
Requisa epistolar. Nombres ilustres	» 36
La obra clásica de las vocaciones	» 38
Porcentaje extraordinario. Documentación.	» 40
Una estadística más. Santa complacencia. El grito de las almas apóstólicas.	» 43
Santa osadía. Dejad herederos. El código y los medios financieros	» 48
Intermedios y bocetos	» 51
Estamos pagados	» 56
Lluvia benéfica	» 57
FINAL PRIMERO: Un insigne cultor de vocaciones ignorado	» 59
	» 63

PARTE II. — Ideas

Origen y naturaleza de la vocación.	»	71
Las ideas de Don Bosco. Pocas palabras pero que equivalen a un tratado.	»	75
Nadie debe creerse juez en su propia vocación.	»	81
El consejo de un herrero. El del Padre Cafasso. Pío XI.	»	83
Criterios de vocación.	»	88
El confesor.	»	91
Exageraciones. Niños algo traviosos, pero generosos.	»	93
La prueba.	»	97
A vapor. El espíritu de Jesucristo.	»	100
Constancia heroica.	»	104
Contratos. Cartitas magistrales.....		
Fac similiter.	»	107
Otra cartita no menos graciosa.	»	110
Cooperación. Fuera los escrúpulos.		
Falsa prudencia.	»	112
Cómo puede malograrse una vocación.	»	116
El lamento de Jesús. La obra de las obras.	»	121
Messis multa. Benedicto XV.	»	123
Operarii pauci. Una hermosa orden del día.	»	126
Rogate Dominum.	»	129
Cenáculos Salesianos.	»	134
El Instituto Cagliero.	»	136
Cadena áurca.	»	138
FINAL SEGUNDO: Cortejo de almas. Augurio final.	»	145

ABONAOS TODOS

A LAS

L
E
C
T
U
R
A
S

C
A
T
O
L
I
C
A
S

Con el fin de contrarrestar los perniciosos efectos de la mala prensa, fundó el Vble. Don Bosco en Turin el año 1853 las Lecturas Católicas.

Desde entonces se ha ido imprimiendo un tomito cada mes, que ya en forma de instrucción, de biografía, de relato ameno, etc., difunde buenas máximas entre el pueblo.

Precio de suscripción \$ 2,50 al año

Al terminar el año se obsequia a los suscritores con el "El Hombre de Bien" folleto ameno.

Los pedidos dirigirlas al Prefecto del Colegio Pio IX



Octubre 1924 - AÑO XXXIX - Entrega 486

Sac. LUIS TERRONE

UN APOSTOL

DE LAS VOCACIONES
= ECLESIASTICAS Y =
= RELIGIOSAS =

(Don Bosco)

TIP. Y LIB.

DEL COLEGIO 'PIO IX' SAN CARLOS 4050
BUENOS-AIRES